Repertorio Americano

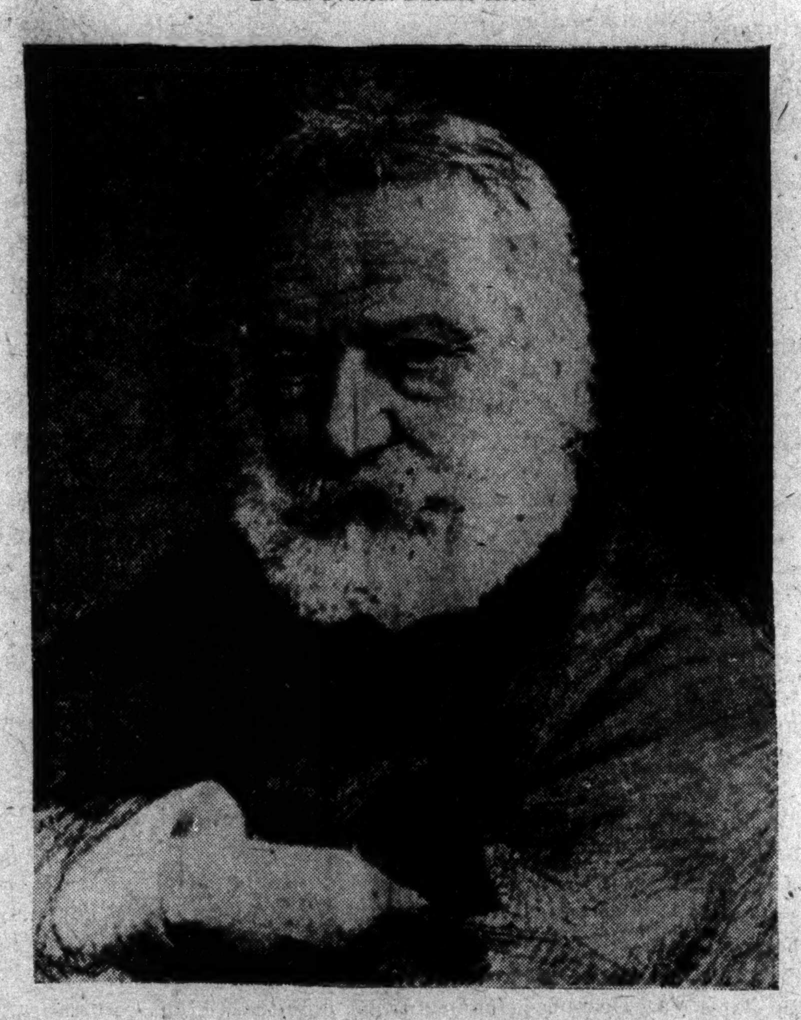
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XVIII | San José, Costa Rica **1929** Sábado 11 de Mayo | Núm. 18

SUMARIO

La paradoja de Francia

=De *La Prensa*. Buenos Aires=



El último retrato de **Victor Hugo**

Hecho al lápiz, por *Bastien-Lepage.*

1.—El romano es grave a pesar de su sol, el parisiense es alegre a pesar de su frío y su niebla. Roma es una ciudad rosa habitada por gente gris, París es una ciudad gris habitada por gente rosa. Es ésta una de las primeras contradicciones que el viajero encuentra en Francia.

La piedra de París que el tiempo ennegrece fatalmente no le ha impedido ser, ante todo, sonrisa y gracia. El espíritu ha vencido la naturaleza. La gracia y la sonrisa francesas no son las de Italia, son cerebrales. Cuando vienen de la sensibilidad no son, como las de Francia, finas y constantes, sino nerviosas e irregulares. El corazón es demasiado loco y no se detiene en el camino que lleva a la fiebre y a la tragedia. En Francia no hay tragedia. Su teatro lo demuestra acabadamente. No reconoce el arrebato, el escándalo, el desgarramiento, la sangre. Sentados ante un escenario francés, los hispanos no comprendemos cómo pueden reaparecer los personajes después del primer acto. Para nuestra lógica de la vida debieran estar en el cementerio o en la cárcel.

Es que la razón ha tomado el puesto de la pasión, bordeado de parapetos el precipicio, y la acción continúa. Cuando las venas comienzan a hincharse para el llanto, la inteligencia abre un pequeño orificio de seguridad que las desinfla. Lo que debía ser llanto se convierte en ironía, en sonrisa, en abnegación.

El horror a la tragedia del teatro francés ha ayudado a creer en la liviandad francesa. «Sois demasiado benignos con las faltas del amor, en nuestro teatro», le han dicho.

El gusto instintivo por la galantería ha venido a confirmar el juicio, cuyo argumento decisivo es el beso popular a la luz del día.

Porque se os acoge con una llaneza que os da la ilusión de la intimidad, habéis creído que han sido abatidas todas las fortalezas. Y es, pues, con sorpresa, que ellas aparecen, menos sombrías pero más seguras que en otras partes. Y en cuanto al beso callejero, no es el minuto frenético que significa para otros corazones más románticos. En *Passionément*, una pieza que lleva ya dos años de cartel, el francés ha querido desquitarse de la calumnia internacional sobre su honestidad amorosa. En ella se ha querido mostrar que toda la apariencia frívola de la mujer francesa no es sino apariencia, y que hay que desconfiar más del recato hipócrita de otras mujeres.

Francia ha trabajado—decía Taine—varios siglos para aprender tres cosas: sonreír, saludar y conversar. Son las obras maestras de la sociabilidad, de la simpatía humana. Esa simpatía es el germen de la universalidad francesa, el secreto de su encanto y de su influencia en el mundo. Francia es el mercado mundial de las ideas. Precisan amonedarse en París para circular en todas «las plazas».

Izoulet ha proyectado hacer de París la capital de todas las religiones. Mahoma tiene ya en ella su templo. En el Barrio Latino, en efecto, ha comenzado a aparecer todas las tardes desde un exótico minarete el almuecín, salmodiando invocaciones a Alá e invitando a la oración.

Y siendo el país universalista por excelencia, es el país que ignora a los demás países. He ahí la paradoja de Francia.

Es lugar común la ignorancia geográfica del francés. ¿Quién no tiene una anécdota a la mano para confirmarla? Ya sabemos que Lamartine preguntaba a Varela cuál era el idioma que hablaban los argentinos. Ochenta años después, todavía preguntaban en una dependencia de Instrucción Pública si nuestra lengua oficial es el inglés. Un periodista pidió a Sarmiento noticias sobre nuestra lucha con los mahometanos. Y cincuenta años más tarde, un ministro de Relaciones Exteriores quería saber de Miguel Cané si era verdad que la Argentina pensaba formar un solo Estado con Guatemala y Honduras.

El diarismo francés es una muestra elocuente de la indiferencia de Francia por el mundo. Es que el diario francés es de ideas. Su información, no solamente universal, sino aun local, es escasa. Su preocupación es por la idea, el principio en juego. Las personas tienen poca importancia. La muerte de un personaje no provoca el elogio enternecido, la declamación plañidera. Cuatro líneas sustanciales bastan para fijar la posición del muerto en la historia de las ideas.

Los hombres se diferencian y clasifican sobre todo por ellas. Las disputas, siendo posición racional, no concluyen en riñas personales, como en los países románticos donde las ideas no son sino caretas de las pasiones.

2.—Esa raíz racionalista es el fundamento de la universalidad francesa. El pragmatismo, la preocupación de lo útil, lleva en sí una limitación de tiempo o de lugar. Está pensando constantemente en la oportunidad. En cambio, la idea, abstracta por definición, tiene vigencia permanente. Para el francés existe el hombre. Le es indiferente la latitud o la raza. Su obra revolucionaria se sintetizó en los derechos del hombre.

Esa obra secular del alma francesa tiene su espejo en la lengua. Se simplificó, se hizo directa, neta, para servir su universalidad. Ha perdido color local, pero es fácilmente entendida.

Las ideas están desnudas, aun más descar-

nadas. Así como reducidos a osatura los paisajes de aspecto más diverso se parecen, reducidos los espíritus a ideas se aproximan considerablemente. Francia ha buscado ese común denominador de todas las razas. Es lo que se ha querido expresar cuando se ha dicho que los hombres tienen dos patrias: una, la propia, y otra, común, que es Francia. ¿Qué otro país, como Francia, o, mejor, París, ha ganado el corazón de hombres de otras razas, hasta el punto de hacer olvidar la propia, como Mickiovicz, Heredia o Heine?

El francés puede ignorar o descuidar la geografía o la denominación racial, pero retiene lo que más le interesa: la dignidad espiritual del hombre. Sobre esa medida organiza las jerarquías. No es por la riqueza ni por el poder, como en otros países, que establece las preminencias. Por eso la grandeza material, el *big* americano, lo deja insensible. Está fuera de su ambición. En nada quiere ser Francia el *greatest in the world*. Groussac expresó muy bien la sensibilidad francesa cuando, en su *Del Plata al Niágara*, como síntesis de su disgusto ante la civilización de los Estados Unidos, le llamó el pueblo *mammouth*. Nada es enorme en Francia, y menos colosal. Un espacio abierto modesto puede ser una plaza. Unas cuantas plantas, un pañuelo de césped, un busto, hacen un precioso paseo público. Un recinto para ochenta personas sentadas es suficiente para ser un teatro donde actúan sus grandes artistas. Un rincón en el Barrio Latino basta para hospedar una librería famosa, donde encontraréis un hombre capaz de absolver arduas preguntas eruditas. *L'Ecole du Livre*, de que están tan orgullosos los franceses, es inferior como materialidad, como recursos de utilería, a una escuela industrial nuestra cualquiera. La *Coupole*, donde se celebran las sesiones solemnes de la Academia de los Inmortales, tiene apenas espacio para cuatrocientos asientos.

Una tarde, salíamos con un amigo de la recepción en la Academia de Alberto Besnard, el primer pintor entrado en la hermética compañía. Sucedía a Pierre Loti, cuyo elogio hizo Luis Barthou en una oración en que se mezclaban la ternura y la malicia. Con sentido de pintor, Besnard dió a la ceremonia la atracción de su alta y grande silueta aristocrática, de su rostro blanquísimo, que encuadrado en el uniforme vistoso figuraba un *panneau* decorativo.

Comentábamos exactamente la pequeñez del recinto, y me dijo mi amigo:

—Si quiere usted ver cosas pequeñas, venga conmigo a la casa más pequeña de té que debe haber en el mundo. Está aquí muy cerca.

A poco andar, en efecto, siguiendo por las aceras del Sena, llegamos a la plaza Dauphiné, donde está la estatua de Enrique IV, en «la isla de la ciudad». Frente al número 48 del Quais de l'Horloge una puerta coronada por un letrero: *Fermé la nuit*. Era la casa de té, abierta de 5 a 7. ¿Tendría más de tres metros de ancho el salón de té? No podría asegurarlo. Salón de té, exhibición de cuadros y de libros. En medio del breve espacio, a pocos pasos de la entrada, una pequeña escalera llevaba a un entrepiso, mejor a una tarima suspendida a tres metros de altura, que apenas alcanzaba a contener una mesa y unos estantes de libros Sobre la mesa una lámpara cuya pantalla le permitía ser apenas un fulgor. Junto a ella unas flores y algunos libros dispersos.

Todo era de una simplicidad desnuda y, sin embargo, ¡qué gracioso! El recinto total no alcanzaba a ser el espacio requerido por un oficial primero de administración pública.

Sentados delante de nuestra mesita, bien arrinconados para no obstruir el paso de la clientela, mi amigo me dijo:

—Allí está la dueña de casa. Pertenece a la más rancia aristocracia. Es Rohan Chabat, princesa de Murat, más noble por Rohan que por Murat. En un reportaje reciente ha dicho, mirando la estatua de Enrique IV desde su salón de té: cuando pienso que aquel rey de Francia fué llevado por uno de mis antepasados a la pila bautismal, me río mucho de la vecindad de mi casa de té con la estatua de Enrique IV.

Volví la mirada hacia la dama. Si su belleza dorada, radiosa, de madurez perfecta, su aire de salud hacía pensar en ascendientes burgueses o en roja sangre campesina, sus movimientos, sobre todo su mirada abierta y segura, con un dejo de arrogancia hablaban, en verdad, de un largo hábito de salones y de besamanos.

Mi amigo agregó: Días pasados me explicó la razón de su casa de té: la baja del franco, la dureza extrema de los tiempos obligan a trabajar.

La capacidad para consumar un propósito sin necesidad de muchas cosas, el desdén por la materialidad y el grandor, la gracia de lo pequeño, cobraban esta vez un sentido mayor.

Alegre, armonioso, razonable, el espíritu franco que huye de la tragedia y la desesperación sabe encontrar en la cordura, en el contentamiento íntimo y en el trabajo el remedio a las penas, el secreto de la sabiduría.

Antes de salir compramos a la princesa la *Internelle consolation*, reedición de la primera traducción francesa de la *Imitación* de Kempis, que acababa de aparecer.

Y mientras caminábamos por el *Quais*, isla de silencio en el corazón de la ciudad ruidosa, volví hacia mi amigo para decirle:

La hermosa princesa no ha necesitado leer este libro famoso para hallar *l'internelle consolation*. Su ejemplo la daría a muchas a muchas mujeres en el mundo.

Juan B. Terán

Capítulo primero de una novela que Carlos Loveira dejó a medio hacer

(Concluye. Véase la entrega anterior.)

Viene por donde él no la esperaba: por el Boulevard Montparnasse. Avanza, con menudos pasos y saltitos de costurerita atrasada para el *lunch* con su amigo. De eso trae también la sonrisa, la nerviosa ansiedad, la inquieta mirada, abarcadora de las seiscientas sillas del café.

En momentos así, nadie analiza. Cartaya no se ocupa en ver cómo es la parte inferior del cuerpo, que antes ocultara el mostradorcito de la oficina telefónica; no advierte si ha habido cambio de traje, ni hace cálculos a base de la calidad de éste, ni mide la estatura de quien lo trae. En estos instantes sólo ve los grandes ojos, verdosos, pestañudos, dominadores, que no le abandonan un segundo en estos minutos de la llegada, el saludo y las primeras frases, rápidas, maquinales, nerviosísimas. Mujer de ojos bonitos, se defiende con ellos en este momento de inseguridad, según la primera, fugaz observación de Cartaya. Después vienen otras, mientras ella se adhiere a la segunda solicitud de Oporto rojo y justifica la cita, con las costumbres de Europa, y la impresión de persona decente que el joven le ha causado: el vestido es de *georgette*, a grandes flores desvaídas, sobre fondo negro, y sombrerito de media estación, con paja de Italia y terciopelo oscuro. El vestido y el sombrerito, como el bolso de becerro amarillo y los zapatos, satinados en carmelita, sin estar muy pobres, revelan una larga y perenne participación en la batalla de la vida: el *georgette* estirado por la plancha, el terciopelo, algo depilado, la tirilla del bolso, bastante cuarteada, los zapatos, con las primeras arrugas de la edad. Advierte ella el análisis, e inquieta se escuda con los crisantemos: aspirando su perfume; echándoselos sobre la falda; dejándolos al fin en la silla de donde no debió quitarlos. Mientras tanto, él le habla del inconveniente cargamento: flores, dulces, el bolso. Será preciso utilizar un *taxi*...

—No. No estamos en Cuba. [illegible] puede cargar todo, sin que estorbe la [illegible]sa, ni el sombrero, ni nada,—y cada vez más cohibida por el estético peritaje, se pone de pie.—Perdóneme. Voy al teléfono, para que una persona no se impaciente esperándome.

Con la ida y el regreso, facilita el peritaje. No es una belleza, pero admitida la línea de lo pasable, entre lo feo y lo bonito, puede admitirse que más bien cae dentro de lo último: nuca y hombros, llenitos, de bello modelado; cintura quebrada, con protuberantes caderas afrocriollas; las piernas un tanto separadas cerca de las rodillas, pero de lindo grueso, vistas posteriormente. Por delante, se les nota más la separación y tienen la tibia algo filuda. El cuello y el escote, tan deliciosamente torneaditos como la nuca y los hombros. Algo pomulosa, como típica rubia cubana, pero con una boca fresca, carnosa, limpiecita, ¡y esos ojos! La piel tan blanca, que le azulea en el precioso antebrazo, echado sobre la mesita, entre los dos inmensos rubíes de los Oportos, ahora; cuando ya dialogan de nuevo:

—¿Pero no se puede saber quién es esa persona?

—Sí se puede, pero... ¿Por qué es usted tan curioso?

—Porque deseo que tomemos un taxi, si no para llevar el cargamento, sí para no perder este premio mayor que nos ha caído: una tarde cubana en París. Si quien la espera no tiene apuro, podemos dar un paseo por el Bosque. Yo todavía no conozco más que el primer pedazo, cerca de la avenida de su nombre, y calcule, con usted de cicerone...

—Hoy no. Imposible. Me esperan, y además tengo que entrar en el hotel, de nuevo, a las seis.

—No importa. Para las seis falta un siglo —y tuerce la muñeca, para ver la hora.—¡Huy! ¡Vamos!

Y ansioso busca al camarero, con la vista, para llamarle a cobrar.

Mas ella, le ataja:

—No. Hoy no puedo. Mañana, si usted quiere. Tengo la tarde y la noche libres. La tarde

para usted. Se la dedico. Así tampoco queda usted mal con su amigo, que viene desde Bruselas, a verle, y sería una informalidad que no quiero verle cometer.

—Pero, si para todo sobra tiempo. Mire,—y le muestra el reloj.— Las tres y media. Disponemos de casi dos horas.

—Sí. Y después, me presento en el hotel, con las flores y los bombones. Nada de eso. Cumpla usted con su amigo. Déjeme cumplir a mí, y no se impaciente; que ya le digo: si lo desea, mañana le dedico la tarde.

—¿Y la noche, a quién?

—¡Oh! A la persona del teléfono.

—¿Pero, quién es? ¿Algún familiar? ¿O un hombre archidichoso?

—No, señor. No. Ni familiar ni hombre. No sea tan vehemente. Tan tropical. Ya le diré. Tenemos toda la tarde, mañana.

—Bueno, pero mientras tanto, dígame esto sólo: ¿Es hombre o mujer?

—Mujer, señor... ¿Cómo es, que ya se me olvidó? ¡Ah! Señor Cartaya, y a condición de que me diga algo de... ¡Aja! De Maribona y de usted, voy a curarle; mejor dicho, a aliviarle la curiosidad. Mire:

Mira él — no pocas veces hacía el antebrazo blanquísimo y de perfecto modelado—mientras ella le cuenta: la persona que podía impacientarse, esperándola, de no haberle avisado por el teléfono, es su compañera de ocupación y de cuarto: una muchacha argentina, también algo baja de estatura, asimismo de veintidós años y a la vez telefonista en un hotel de este lado del río. Ambas se han valido de todas sus femeniles mañas para coincidir en horas de trabajo y de libertad, a fin de estar la mayor parte del tiempo juntas, y juntas hacerlo todo: el arreglo del cuarto, dormir, coser...

—Y pasear,—la interrumpe Cartaya.

—Pasear, también. ¡Pero si supiera Ud. qué poco!

—Vamos! ¿En París?

—Mire. ¿Usted está acabado de llegar, no?

—Dos días.

—Pues, París es como todo y de todo hay en París. No crea usted otra cosa.

Y con cierta vibración de ternura en la voz, repite:

—¡Si usted supiera!

—Eso es lo que deseo: saber. ¿Cómo se llama su amiga?

—Amelia, pero yo le digo Che. Me hace mucha gracia ese che de los argentinos, que antes ella metía entre cada cuatro o cinco palabras; porque ya no es tanto. Se lo he ido disminuyendo a fuerza de choteo.

—Bueno, ella Che. ¿Y «vos»?

—¿Y? Rosa. Rosa Cantero.

—Ese nombre está mal. Debía tener un «de» y ser escrito al revés.

—¿Cómo?

—Cantero de Rosas.

—No porque también le faltaría una ese —dice ella, sonriendo femenilmente complacida.

Y continúa: tienen ellas su cuartito muy arreglado. No está lejos de La Rotonda, pero «lo malo» es que no puede ser visitado. Allí no entran más pantalones que los de seda Jersey con elásticos en los extremos; porque afortunadamente la Che no tiene más varones en la familia que su padre, viejito, establecido en Pau, donde también se encuentra la madre. Y en París, fuera de una tía de la argentina, ni la una ni la otra, tienen familiares. Viven por su cuenta; trabajando, ahorrando.

—¿Pero usted vino sola a París?

—Sola.

Tan breve y emocionado ha sido esto; con tan súbito calor en el rostro lo ha dicho, que él no se atreve a avanzar un paso más en el indiscreto asedio. Más bien acude a romper el mal ambiente creado por la propia agresividad:

—Creo que he estado un poco antisocial. ¿No?

—No. ¿Por qué?

Te doy mi alma...

Te doy mi alma desnuda,
como estatua a la cual ningún cendal escuda.

Desnuda como el puro impudor
de un fruto, de una estrella o una flor;

De todas esas cosas que tienen la infinita
serenidad de Eva antes de ser maldita.

De todas esas cosas,
frutos, astros y rosas,

Que no sienten vergüenza del sexo sin celajes
y a quienes nadie osara fabricarles ropajes.

¡Sin velos, como el cuerpo de una diosa serena
que tuviera una intensa blancura de azucena!

¡Desnuda, y toda abierta de par en par
por el ansia de amar!

Juana de Ibarbourou

(De *Las lenguas de diamante*. Montevideo. 1927).

Comentario al margen

Son estos versos verdadera desnudez del espíritu, libertad del pensamiento que cual pájaro errante surca los aires de fronda en fronda por sobre collados y simas profundas. Es un canto al desnudo como lo hiciéramos en nuestro lenguaje sencillo a una flor, al mar, a un atardecer feliz o a una alborada paradisíaca con los encantos de una Eva encantadora.

Esta mujer de singular mentalidad y de robustísima ilustración da al mundo la clarinada propia de la redención de la mujer de todas las categorías sociales; de la sufrida y siempre sacrificada en aras de falso convencionalismo, de prejuicios y preceptos que las más de las veces rompen toda armonía, toda belleza natural y todo conjunto de espiritualidad y risueñas esperanzas.

Precisa, pues, reconocer en el alma de esta poetisa singular y de envidiables virtudes, los perfiles de una alma vigorosa, de vasta concepción que culmina con el hermoso canto a la libertad del pensamiento en razón a todo orden natural como consecuencia misma de las fuerzas del espíritu. Su imaginación creadora no se limita a enaltecer la belleza, el arte o el amor, no, porque su poesía rompe de un tajo los moldes anticuados y estúpidos y, al hacer tácito reconocimiento de las fuerzas del espíritu libre y soberano, crea un nuevo género de poesía lleno de sublimidad natural; el verdadero evangelio del amor!

No sé por qué me siento invitada a seguir por este sendero lleno de luz y de arrobadora espiritualidad. Me parece QUE HA LLEGADO LA HORA de la redención de la mujer y por ende, del amor, que, como el sol, en cada nuevo día besa corolas, tallos, serranías y cabelleras blondas que extendidas y agitadas por el viento exteriorizan el alma de la mujer que ansía la verdadera redención bajo la sombra protectora y edificante del amor.

Niebla d'Argent

San José, abril de 1929

—Sí. Sin duda. Falta de costumbre. Porque, ahora me toca, a mí, y ya lo verá usted, si me cree.

E instantáneamente, sin permitir nuevas, monosilábicas excusas, dice su parte: viven, y están en La Habana, su padre y su madre. Él es un viejo periodista español, con cuarenta años de bastante acomodada situación en Cuba, y la madre es cubana, tan bien conservada, que nadie cree que él, Juan Elías, y una hermana mayor, pueden ser hijos de tan joven señora. Los pobres, han tenido que hacer un desmedido esfuerzo, para reunir poco más de mil pesos y enviarle a París, so pretexto de hacer unos cursos y oír a tales o cuales profesores de universal renombre; pero en realidad, porque los policías secretos de La Habana, por naturales razones de estómago, han hecho razón de Estado el destierro de él. De haber permanecido en Cuba, hubiera estado expuesto a ser incluído en la causa número tantos, por sedición o algo semejante; todo porque, años atrás, cuando aún era estudiante, había arengado a un grupo de estrepitosos condiscípulos, al paso de cierta fanfarria presidencial de gran aparato, y últimamente los estudiantes de La Habana, como en todas la épocas y latitudes, habían tenido una serie de ruidosas efervescencias. Y lo dicho: la secreta, en tan propicios momentos, ve enemigos del Gobierno hasta en la sopa... por razones de sopa, más o menos boba.

—Yo no tenía dinero, porque los abogados cubanos somos muchos y el noventa por ciento, naturalmente no lo tiene. Menos, si como yo, no se hace más que estudiar, antes y después de colgar el título entre los adornos de la casa. Porque no he hecho otra cosa. Ahora quiero convertirme en doctor en Filosofía y Letras. Estudio griego en estos momentos; es decir, cuando tuve que salir de Cuba. No sé si para usted será inmodestia o bobería; pero de todos modos, perdóneme si le digo que me gusta lo serio, el trabajo, el saber lo más posible, y naturalmente, de esto lo ignoro todo. Si me tomase otro Oporto, creo que sería capaz de cualquiera audacia, acaso de magníficos resultados. Por ejemplo: obligarla a usted a pasear, de todas maneras, conmigo, aunque sólo fuera media hora de taxi. ¿Eh? ¿Vamos? ¿Siquiera sea hasta el Arco de la Estrella, y vuelta, hasta donde sólo entran *bloommers* de seda?

—No. No.

—Sí. ¡Garzón!

—No,—y se pone de pie, resuelta—Porque me voy, y lo pierde usted todo. Mañana.

Accede él, como es natural: rápido, vehementísimo:

—Bueno. Bueno. Siéntese.

—También como es natural, accede ella. E inmediatamente vuelven a tener, por un momento, la sensación de haberse sentido solos en medio de la multitud babélica, parladora, humeante y guiñolesca, algunos de cuyos miembros se han sonreído maliciosos, al verles en tan vivos escarceos amorosos. Hasta oyen algunos reniegos, con zetas y jotas fortísimas, de los que hacen la Revolución española desde una mesa de La Rotonda. Y se reportan, después de no permitirle ella que pida él «su» tercer Oporto, que, según propia confesión, tan audaz podría ponerle.

—Bueno. ¿Y su amigo?

—¿Maribona? No creo que me va a dar tiempo, usted, para hacerle más que un apunte personal. Ese no es hombre de tan corta y simple historia como la mía. Es un tipo excepcional; de novela, y si usted no tiene es-

nadas. Así como reducidos a osatura los paisajes de aspecto más diverso se parecen, reducidos los espíritus a ideas se aproximan considerablemente. Francia ha buscado ese común denominador de todas las razas. Es lo que se ha querido expresar cuando se ha dicho que los hombres tienen dos patrias: una, la propia, y otra, común, que es Francia. ¿Qué otro país, como Francia, o, mejor, París, ha ganado el corazón de hombres de otras razas, hasta el punto de hacer olvidar la propia, como Mickiovicz, Heredia o Heine?

El francés puede ignorar o descuidar la geografía o la denominación racial, pero retiene lo que más le interesa: la dignidad espiritual del hombre. Sobre esa medida organiza las jerarquías. No es por la riqueza ni por el poder, como en otros países, que establece las preminencias. Por eso la grandeza material, el *big* americano, lo deja insensible. Está fuera de su ambición. En nada quiere ser Francia el *greatest in the world*. Groussac expresó muy bien la sensibilidad francesa cuando, en su *Del Plata al Niágara*, como síntesis de su disgusto ante la civilización de los Estados Unidos, le llamó el pueblo *mammouth*. Nada es enorme en Francia, y menos colosal. Un espacio abierto modesto puede ser una plaza. Unas cuantas plantas, un pañuelo de césped, un busto, hacen un precioso paseo público. Un recinto para ochenta personas sentadas es suficiente para ser un teatro donde actúan sus grandes artistas. Un rincón en el Barrio Latino basta para hospedar una librería famosa, donde encontraréis un hombre capaz de absolver arduas preguntas eruditas. *L'Ecole du Livre*, de que están tan orgullosos los franceses, es inferior como materialidad, como recursos de utilería, a una escuela industrial nuestra cualquiera. La *Coupole*, donde se celebran las sesiones solemnes de la Academia de los Inmortales, tiene apenas espacio para cuatrocientos asientos.

Una tarde, salíamos con un amigo de la recepción en la Academia de Alberto Besnard, el primer pintor entrado en la hermética compañía. Sucedía a Pierre Loti, cuyo elogio hizo Luís Barthou en una oración en que se mezclaban la ternura y la malicia. Con sentido de pintor, Besnard dió a la ceremonia la atracción de su alta y grande silueta aristocrática, de su rostro blanquísimo, que encuadrado en el uniforme vistoso figuraba un *panneau* decorativo.

Comentábamos exactamente la pequeñez del recinto, y me dijo mi amigo:

—Si quiere usted ver cosas pequeñas, venga conmigo a la casa más pequeña de té que debe haber en el mundo. Está aquí muy cerca.

A poco andar, en efecto, siguiendo por las aceras del Sena, llegamos a la plaza Dauphiné, donde está la estatua de Enrique IV, en «la isla de la ciudad». Frente al número 48 del Quais de l'Horloge una puerta coronada por un letrero: *Fermé la nuit*. Era la casa de té, abierta de 5 a 7. ¿Tendría más de tres metros de ancho el salón de té? No podría asegurarlo. Salón de té, exhibición de cuadros y de libros. En medio del breve espacio, a pocos pasos de la entrada, una pequeña escalera llevaba a un entrepiso, mejor a una tarima suspendida a tres metros de altura, que apenas alcanzaba a contener una mesa y unos estantes de libros Sobre la mesa una lámpara cuya pantalla le permitía ser apenas un fulgor. Junto a ella unas flores y algunos libros dispersos.

Todo era de una simplicidad desnuda y, sin embargo, ¡qué gracioso! El recinto total no alcanzaba a ser el espacio requerido por un oficial primero de administración pública.

Sentados delante de nuestra mesita, bien arrinconados para no obstruir el paso de la clientela, mi amigo me dijo:

—Allí está la dueña de casa. Pertenece a la más rancia aristocracia. Es Rohan Chabat, princesa de Murat, más noble por Rohan que por Murat. En un reportaje reciente ha dicho, mirando la estatua de Enrique IV desde su salón de té: cuando pienso que aquel rey de Francia fué llevado por uno de mis antepasados a la pila bautismal, me río mucho de la vecindad de mi casa de té con la estatua de Enrique IV.

Volví la mirada hacia la dama. Si su belleza dorada, radiosa, de madurez perfecta, su aire de salud hacía pensar en ascendientes burgueses o en roja sangre campesina, sus movimientos, sobre todo su mirada abierta y segura, con un dejo de arrogancia hablaban, en verdad, de un largo hábito de salones y de besamanos.

Mi amigo agregó: Días pasados me explicó la razón de su casa de té: la baja del franco, la dureza extrema de los tiempos obligan a trabajar.

La capacidad para consumar un propósito sin necesidad de muchas cosas, el desdén por la materialidad y el grandor, la gracia de lo pequeño, cobraban esta vez un sentido mayor.

Alegre, armonioso, razonable, el espíritu franco que huye de la tragedia y la desesperación sabe encontrar en la cordura, en el contentamiento íntimo y en el trabajo el remedio a las penas, el secreto de la sabiduría.

Antes de salir compramos a la princesa la *Internelle consolation*, reedición de la primera traducción francesa de la *Imitación* de Kempis, que acababa de aparecer.

Y mientras caminábamos por el *Quais*, isla de silencio en el corazón de la ciudad ruidosa, volví hacia mi amigo para decirle:

La hermosa princesa no ha necesitado leer este libro famoso para hallar *l'internelle consolation*. Su ejemplo la daría a muchas a muchas mujeres en el mundo.

Juan B. Terán

Capítulo primero de una novela que Carlos Loveira dejó a medio hacer

(*Concluye.* Véase la entrega anterior.)

Viene por donde él no la esperaba: por el Boulevard Montparnasse. Avanza, con menudos pasos y saltitos de costurerita atrasada para el *lunch* con su amigo. De eso trae también la sonrisa, la nerviosa ansiedad, la inquieta mirada, abarcadora de las seiscientas sillas del café.

En momentos así, nadie analiza. Cartaya no se ocupa en ver cómo es la parte inferior del cuerpo, que antes ocultara el mostradorcito de la oficina telefónica; no advierte si ha habido cambio de traje, ni hace cálculos a base de la calidad de éste, ni mide la estatura de quien lo trae. En estos instantes sólo ve los grandes ojos, verdosos, pestañudos, dominadores, que no le abandonan un segundo en estos minutos de la llegada, el saludo y las primeras frases, rápidas, maquinales, nerviosísimas. Mujer de ojos bonitos, se defiende con ellos en este momento de inseguridad, según la primera, fugaz observación de Cartaya. Después vienen otras, mientras ella se adhiere a la segunda solicitud de Oporto rojo y justifica la cita, con las costumbres de Europa, y la impresión de persona decente que el joven le ha causado: el vestido es de *georgette*, a grandes flores desvaídas, sobre fondo negro, y sombrerito de media estación, con paja de Italia y terciopelo oscuro. El vestido y el sombrerito, como el bolso de becerro amarillo y los zapatos, satinados en carmelita, sin estar muy pobres, revelan una larga y perenne participación en la batalla de la vida: el *georgette* estirado por la plancha. el terciopelo, algo depilado, la tirilla del bolso, bastante cuarteada, los zapatos, con las primeras arrugas de la edad. Advierte ella el análisis, e inquieta se escuda con los crisantemos: aspirando su perfume; echándoselos sobre la falda; dejándolos al fin en la silla de donde no debió quitarlos. Mientras tanto, él le habla del inconveniente cargamento: flores, dulces, el bolso. Será preciso utilizar un *taxi*...

—No. No estamos en Cuba. Aquí se puede cargar todo, sin que estorbe la bolsa, ni el sombrero, ni nada,—y cada vez más cohibida por el estético peritaje, se pone de pie.—Perdóneme. Voy al teléfono, para que una persona no se impaciente esperándome.

Con la ida y el regreso, facilita el peritaje. No es una belleza, pero admitida la línea de lo pasable, entre lo feo y lo bonito, puede admitirse que más bien cae dentro de lo último: nuca y hombros, llenitos, de bello modelado; cintura quebrada, con protuberantes caderas afrocriollas; las piernas un tanto separadas cerca de las rodillas, pero de lindo grueso, vistas posteriormente. Por delante, se les nota más la separación y tienen la tibia algo filuda. El cuello y el escote, tan deliciosamente torneaditos como la nuca y los hombros. Algo pomulosa, como típica rubia cubana, pero con una boca fresca, carnosa, limpiecita, ¡y esos ojos! La piel tan blanca, que le azulea en el precioso antebrazo, echado sobre la mesita, entre los dos inmensos rubíes de los Oportos, ahora; cuando ya dialogan de nuevo:

—¿Pero no se puede saber quién es esa persona?

—Sí se puede, pero... ¿Por qué es usted tan curioso?

—Porque deseo que tomemos un taxi, si no para llevar el cargamento, sí para no perder este premio mayor que nos ha caído: una tarde cubana en París. Si quien la espera no tiene apuro, podemos dar un paseo por el Bosque. Yo todavía no conozco más que el primer pedazo, cerca de la avenida de su nombre, y calcule, con usted de cicerone...

—Hoy no. Imposible. Me esperan, y además tengo que entrar en el hotel, de nuevo, a las seis.

—No importa. Para las seis falta un siglo —y tuerce la muñeca, para ver la hora.—¡Huy! ¡Vamos!

Y ansioso busca al camarero, con la vista, para llamarle a cobrar.

Mas ella, le ataja:

—No. Hoy no puedo. Mañana, si usted quiere. Tengo la tarde y la noche libres. La tarde

para usted. Se la dedico. Así tampoco queda usted mal con su amigo, que viene desde Bruselas, a verle, y sería una informalidad que no quiero verle cometer.

—Pero, si para todo sobra tiempo. Mire,—y le muestra el reloj.— Las tres y media. Disponemos de casi dos horas.

—Sí. Y después, me presento en el hotel, con las flores y los bombones. Nada de eso. Cumpla usted con su amigo. Déjeme cumplir a mí, y no se impaciente; que ya le digo: si lo desea, mañana le dedico la tarde.

—¿Y la noche, a quién?

—¡Oh! A la persona del teléfono.

—¿Pero, quién es? ¿Algún familiar? ¿O un hombre archidichoso?

—No, señor. No. Ni familiar ni hombre. No sea tan vehemente. Tan tropical. Ya le diré. Tenemos toda la tarde, mañana.

—Bueno, pero mientras tanto, dígame esto sólo: ¿Es hombre o mujer?

—Mujer, señor... ¿Cómo es, que ya se me olvidó? ¡Ah! Señor Cartaya, y a condición de que me diga algo de... ¡Aja! De Maribona y de usted, voy a curarle; mejor dicho, a aliviarle la curiosidad. Mire:

Mira él — no pocas veces hacía el antebrazo blanquísimo y de perfecto modelado—mientras ella le cuenta: la persona que podía impacientarse, esperándola, de no haberle avisado por el teléfono, es su compañera de ocupación y de cuarto: una muchacha argentina, también algo baja de estatura, asimismo de veintidós años y a la vez telefonista en un hotel de este lado del río. Ambas se han valido de todas sus femeniles mañas para coincidir en horas de trabajo y de libertad, a fin de estar la mayor parte del tiempo juntas, y juntas hacerlo todo: el arreglo del cuarto, dormir, coser...

—Y pasear,—la interrumpe Cartaya.

—Pasear, también. ¡Pero si supiera Ud. qué poco!

—Vamos! ¿En París?

—Mire. ¿Usted está acabado de llegar, no?

—Dos días.

—Pues, París es como todo y de todo hay en París. No crea usted otra cosa.

Y con cierta vibración de ternura en la voz, repite:

—¡Si usted supiera!

—Eso es lo que deseo: saber. ¿Cómo se llama su amiga?

—Amelia, pero yo le digo Che. Me hace mucha gracia ese che de los argentinos, que antes ella metía entre cada cuatro o cinco palabras; porque ya no es tanto. Se lo he ido disminuyendo a fuerza de choteo.

—Bueno, ella Che. ¿Y «vos»?

—¿Y? Rosa. Rosa Cantero.

—Ese nombre está mal. Debía tener un «de» y ser escrito al revés.

—¿Cómo?

—Cantero de Rosas.

—No porque también le faltaría una ese —dice ella, sonriendo femenilmente complacida.

Y continúa: tienen ellas su cuartito muy arreglado. No está lejos de La Rotonda, pero «lo malo» es que no puede ser visitado. Allí no entran más pantalones que los de seda Jersey con elásticos en los extremos; porque afortunadamente la Che no tiene más varones en la familia que su padre, viejito, establecido en Pau, donde también se encuentra la madre. Y en París, fuera de una tía de la argentina, ni la una ni la otra, tienen familiares. Viven por su cuenta; trabajando, ahorrando.

—¿Pero usted vino sola a París?

—Sola.

Tan breve y emocionado ha sido esto; con tan súbito calor en el rostro lo ha dicho, que él no se atreve a avanzar un paso más en el indiscreto asedio. Más bien acude a romper el mal ambiente creado por la propia agresividad:

—Creo que he estado un poco antisocial. ¿No?

—No. ¿Por qué?

Te doy mi alma...

Te doy mi alma desnuda,
como estatua a la cual ningún cendal escuda.

Desnuda como el puro impudor
de un fruto, de una estrella o una flor;

De todas esas cosas que tienen la infinita
serenidad de Eva antes de ser maldita.

De todas esas cosas,
frutos, astros y rosas,

Que no sienten vergüenza del sexo sin celajes
y a quienes nadie osara fabricarles ropajes.

¡Sin velos, como el cuerpo de una diosa serena
que tuviera una intensa blancura de azucena!

¡Desnuda, y toda abierta de par en par
por el ansia de amar!

Juana de Ibarbourou

(De *Las lenguas de diamante*. Montevideo. 1927).

Comentario al margen

Son estos versos verdadera desnudez del espíritu, libertad del pensamiento que cual pájaro errante surca los aires de fronda en fronda por sobre collados y simas profundas. Es un canto al desnudo como lo hiciéramos en nuestro lenguaje sencillo a una flor, al mar, a un atardecer feliz o a una alborada paradisíaca con los encantos de una Eva encantadora.

Esta mujer de singular mentalidad y de robustísima ilustración da al mundo la clarinada propia de la redención de la mujer de todas las categorías sociales; de la sufrida y siempre sacrificada en aras de falso convencionalismo, de prejuicios y preceptos que las más de las veces rompen toda armonía, toda belleza natural y todo conjunto de espiritualidad y risueñas esperanzas.

Precisa, pues, reconocer en el alma de esta poetisa singular y de envidiables virtudes, los perfiles de una alma vigorosa, de vasta concepción que culmina con el hermoso canto a la libertad del pensamiento en razón a todo orden natural como consecuencia misma de las fuerzas del espíritu. Su imaginación creadora no se limita a enaltecer la belleza, el arte o el amor, no, porque su poesía rompe de un tajo los moldes anticuados y estúpidos y, al hacer tácito reconocimiento de las fuerzas del espíritu libre y soberano, crea un nuevo género de poesía lleno de sublimidad natural; el verdadero evangelio del amor!

No sé por qué me siento invitada a seguir por este sendero lleno de luz y de arrobadora espiritualidad. Me parece QUE HA LLEGADO LA HORA de la redención de la mujer y por ende, del amor, que, como el sol, en cada nuevo día besa corolas, tallos, serranías y cabelleras blondas que extendidas y agitadas por el viento exteriorizan el alma de la mujer que ansía la verdadera redención bajo la sombra protectora y edificante del amor.

Niebla d'Argent

San José, abril de 1929

—Sí. Sin duda. Falta de costumbre. Porque, ahora me toca, a mí, y ya lo verá usted, si me cree.

E instantáneamente, sin permitir nuevas, monosilábicas excusas, dice su parte: viven, y están en La Habana, su padre y su madre. Él es un viejo periodista español, con cuarenta años de bastante acomodada situación en Cuba, y la madre es cubana, tan bien conservada, que nadie cree que él, Juan Elías, y una hermana mayor, pueden ser hijos de tan joven señora. Los pobres, han tenido que hacer un desmedido esfuerzo, para reunir poco más de mil pesos y enviarle a París, so pretexto de hacer unos cursos y oír a tales o cuales profesores de universal renombre; pero en realidad, porque los policías secretos de La Habana, por naturales razones de estómago, han hecho razón de Estado el destierro de él. De haber permanecido en Cuba, hubiera estado expuesto a ser incluído en la causa número tantos, por sedición o algo semejante; todo porque, años atrás, cuando aún era estudiante, había arengado a un grupo de estrepitosos condiscípulos, al paso de cierta fanfarria presidencial de gran aparato, y últimamente los estudiantes de La Habana, como en todas la épocas y latitudes, habían tenido una serie de ruidosas efervescencias. Y lo dicho: la secreta, en tan propicios momentos, ve enemigos del Gobierno hasta en la sopa... por razones de sopa, más o menos boba.

—Yo no tenía dinero, porque los abogados cubanos somos muchos y el noventa por ciento, naturalmente no lo tiene. Menos, si como yo, no se hace más que estudiar, antes y después de colgar el título entre los adornos de la casa. Porque no he hecho otra cosa. Ahora quiero convertirme en doctor en Filosofía y Letras. Estudio griego en estos momentos; es decir, cuando tuve que salir de Cuba. No sé si para usted será inmodestia o bobería; pero de todos modos, perdóneme si le digo que me gusta lo serio, el trabajo, el saber lo más posible, y naturalmente, de esto lo ignoro todo. Si me tomase otro Oporto, creo que sería capaz de cualquiera audacia, acaso de magníficos resultados. Por ejemplo: obligarla a usted a pasear, de todas maneras, conmigo, aunque sólo fuera media hora de taxi. ¿Eh? ¿Vamos? ¿Siquiera sea hasta el Arco de la Estrella, y vuelta, hasta donde sólo entran *bloommers* de seda?

—No. No.

—Sí. ¡Garzón!

—No,—y se pone de pie, resuelta—Porque me voy, y lo pierde usted todo. Mañana.

Accede él, como es natural: rápido, vehementísimo:

—Bueno. Bueno. Siéntese.

—También como es natural, accede ella. E inmediatamente vuelven a tener, por un momento, la sensación de haberse sentido solos en medio de la multitud babélica, parladora, humeante y guiñolesca, algunos de cuyos miembros se han sonreído maliciosos, al verles en tan vivos escarceos amorosos. Hasta oyen algunos reniegos, con zetas y jotas fortísimas, de los que hacen la Revolución española desde una mesa de La Rotonda. Y se reportan, después de no permitirle ella que pida él «su» tercer Oporto, que, según propia confesión, tan audaz podría ponerle.

—Bueno. ¿Y su amigo?

—¿Maribona? No creo que me va a dar tiempo, usted, para hacerle más que un apunte personal. Ese no es hombre de tan corta y simple historia como la mía. Es un tipo excepcional; de novela, y si usted no tiene es-

crúpulo en tratarle abiertamente, sinceramente con seguridad va a encontrar en él algo interesante.

—¿Escrúpulos por qué?

—Por las ideas de él y por las que pueda usted tener, en relación con ciertas preocupaciones. Porque verá usted,—acerca la silla a la mesita; echa a un lado las dos copitas vacías; pone un codo cerca del lilial antebrazo, también acodado graciosamente, y ahonda la confidencia.—Oigame:

E intensificando la mirada, para penetrar lo más posible en la impresión que, en la joven, lleguen a causar las palabras de él, Cartaya, hace el ofrecido apunte personal de Maribona. Es un mulato claro, de los que no pueden ni pretenden negarlo. Uno de esos ejemplares de la mezclada familia afrocubana —ejemplares no muy raros—que además de las líneas faciales y la prestancia, casi enteramente caucásicas, tienen lecturas e inteligencia de verdadera selección, capaces de darles lo que sólo posee el uno por diez mil de todos los mortales, si el cálculo no es demasiado generoso. A saber: una orientación filosófica, propia, en la vida. Como es lógico, está reñido con casi todos los blancos, con casi todos los que no lo son y con casi todo el mundo. Entre los blancos, sólo se entrega, íntimamente, con los que, por jerarquía de talento y cultura, considera susceptibles de a su vez entregarse a él, espiritualmente, sin falsas y oscuras trastiendas, intelectuales o del sentimiento. En cuanto a la gente de color se le conoce, entre amigos, el razonamiento más acorde con lo anterior y más interesante y atrevido a la vez: afirma que nada quiere saber de negros y mestizos afanados en llevar a su raza hacia el campo de los blancos, por la selección material y por la imitación de hábitos e inclinaciones; lo que, según él, suele hacerse tomando por norma lo más cursi, atrasado y detestable. Así, también afirma que sus amigos de color, han sido siempre los muy contados que aspiran, no a convertir al negro en blanco, moral, física e intelectualmente: sino a ser positivos valores sociales, como tales negros, dentro de un consciente aprecio del propio valer; con todo el sentimiento de la dignidad colectiva. ¡Cómo hace reir y al mismo tiempo pensar cada vez que suelta una de sus gráficas e ingeniosas boutades, acerca de ciertas fontanillescas crónicas de duodécima plana! Claro: sus singulares ideas son legítimas hijas del más absoluto descreimiento, moral, religioso y de todos los órdenes. Fuera del talento ajeno por él apreciado, a nada humano o sobrehumano le concede respeto y acatamiento voluntarios. «Nadie más pronto a reconocer el verdadero mérito, que yo; pero nadie tampoco reacciona más incontenible ante el *bluff* encumbrado» Hombre así, tan espiritualmente rebelde, tan sinceramente colocado más allá del Bien y del Mal, lógico es que haya llevado una vida excepcional, recurriendo para vivirla a todos los recursos de la más interesante amoralidad, y lógico también que, en tal vida, hayan abundado los períodos de inestabilidad, los sobresaltos y amarguras de todos los inaptados que en el mundo han sido. Maribona es un amargado. Lo es desde que, según su propia frase, tuvo la desgracia de aficionarse al sabor de la Verdad, hasta que afortunadamente, como lo ha escrito desde París, la policía secreta *le* decubrió que es comunista. Por esto se encuentra en París: «Hace algunos años fuí maestro en una escuela ferrerista de los obreros de La Ciénega, no por el apostolado, en que no creo, sino por personal desahogo y, principalmente, porque algo pagaban. Desde entonces me pusieron el marchamo de ácrata, sin que mil actitudes contrarias adoptadas después me libraran de tal hierro; porque así es de opaco e inflexible el criterio policiaco. Vino un Secretario de Gobernación algo ruidoso. Le dijeron que el problema obrero iba a ser su más difícil problema de Gobierno, debido a que, si bien abunda el «obrista», incincero y perturbador, no faltaban los apóstoles honrados, altruistas y, por lo mismo respetables. El hombre no había leído a Maquiavelo—ni a nadie—pero no lo necesitó para afirmar que, entonces, el problema era fácil: llevar a los últimos al martirologio obrero y desarmar a los otros con puestos y comisiones. Me dieron una comisión en el extranjero, y con ello no sólo me descubrieron que era comunista, sino que tenía talento. Porque, todos los hombres extraordinarios, Fray Luis como Zarathustra, han buscado siempre la escondida senda, y yo, perdido, solitario, entre los millones de París, estoy, por primera vez, encantado de la vida. Tan encantado como el Superhombre que, encaramado en su montaña, no oía el insoportable zumbido de las moscas en la plaza pública».

—Eso—agrega Cartaya—poco más o menos como lo he repetido, me lo escribió el hombre a La Habana. Porque no vaya usted a creer lo contrario: él sabe ser amigo, y fuera de esas trastiendas filosóficas, es como todo el mundo en su trato, y como pocos, en cuanto a noble y simpático. No tiene un centavo de él, como suele decirse. E inclusive, en lo físico, es un gran tipo: alto, derecho, con la piel muy fina, rebosante de personal atracción. No parece tener cuarenta años. Si usted quiere tratarle, ya verá. Tengo la certeza de que habrá de darme la razón.

—Yo sí quiero, desde luego. Figúrese, en París... Pero lo malo es que, si sabe tanto de filosofía, y de tantas cosas...

—¡No, hombre! El no da lata a nadie. El viene aquí, y se toma un Oporto, cordialmente, como usted y como yo, y hasta le tomaría el pelo, por ejemplo, a un Don Juan con boina, que está ahí detrás de usted, completamente lelo desde que la ha oído hablar en español. ¿O es que usted se cree que yo le dejo ponerse pesado? Yo me sé de memoria todo lo que él sabe, y en muchas cosas tengo sus mismas opiniones; pero como es preciso vivir, y mejorar dentro de la vida, todo lo posible, pues... ¡Psch!

—Entonces, está bien; porque esa gente así, le viene a quitar a uno las ilusiones, y él tendrá derecho a sus cuarenta años, pero, al menos yo...

—¿Usted, cuántos tiene? ¿Dieciocho?

—Veintidós. ¿No se acuerda que se lo dije?

—¿De veras?

—De veras. Le he dicho que tengo la misma edad y hasta la misma estatura, casi bajita, de la Che...

—Ni un momento se le olvida a usted la Che. ¿También tiene ilusiones?

—Sí. También,—sonríe ella, a la vez que se apodera de los obsequios y hace ademán de retirada—Y vámonos; porque es muy tarde.

—No. Todavía es temprano. ¿Me deja pedir otro Oporto?

—Imposible. Ya no puedo demorarme un minuto más—y se pone de pie.—Mañana, aquí mismo y a la misma hora. Si quiere, traiga a Maribona.

—Ni soñarlo. No habría lugar para él en el taxi. Más adelante.

—Bueno. Vámonos. Salimos juntos, porque no quiero que me analice más (y no deja que él la interrumpa) Basta. Basta. Deje ahí quince francos, propina y todo. Me acompaña hasta la esquina, y luego, usted por aquí, y yo por Montparnasse. Y ya sabe: sin siquiera volver la cara.

—Usted lo ha dicho. ¡Garzón! ¡Garzón! Paga.

Salen juntos, aunque no muy parisinamente; porque él ni siquiera se atreve a llenarse la diestra con la carne, dura y redondita, que está un poco más arriba del antebrazo lindísimo.

En la esquina se separan:

—Mañana, temprano. ¿Eh?

—Sí. Como hoy. *¡Au revoir!*

—*¡Au revoir, cherie!*

Se le escapó el *cherie*. Una verdadera audacia. Audazmente también vuelve el rostro, segundos después, y sorprende la mirada de ella,

que asimismo se ha vuelto, para verle una vez más. Sonrientes, emocionados se despiden aún, con un rápido *high ball* norteamericano.

A él le duran mucho tiempo las influencias de La Rotonda: la amorosa y la vanguardista. Los dinamos del subconsciente y hasta del consciente, le impulsan a caminar calles y más calles, hasta arrojarle en el para él ignoto golfo del Luxemburgo: oro, verde, azul, calcomanía. ¿Y por qué calcomanía? Porque el Luxemburgo está jubilosamente lleno de paseantes veraniegos; es decir, policromos. Y porque a pesar de lo grande que tiene el alma, a Juan Elías Cartaya le falta cavidad craneana suficiente para todas las células cerebrales encargadas de las consabidas interrogaciones: ¿Quién es esta mujer? ¿Cómo ha venido a París? ¿Cuál es la causa de esta en él insólita impresión? ¿Qué conducta es la indicada, con vista del caso, para el paseo del día siguiente?

Por su parte, Rosa Cantero confiesa haber llegado junto a la Che, tras de la primera entrevista con Cartaya, llevando los labios llenos de signos de admiración: ¡Qué inusitada corrección en un hombre! ¡Cuánta pureza, en tan admirable rima con el rostro, tierno y cándido! ¡Cómo supo contenerse en el natural impulso—dadas las circunstancias—de coger una mano, o tocar ingenuamente, o formular la más leve proposición atrevida o simplemente indiscreta!

Carlos Loveira

Aspectos de Cuba que nos interesa conocer

El *caso* de Cuba debemos tenerlo siempre a la vista y reflexionarlo

=De *1929*, Revista de Avance. La Habana. Cuba=

El momento cubano.—Los vientos del norte han herido en estos días con frío crudísimo nuestra sensibilidad pública. El ataque, hasta hoy velado y mañoso, a nuestra tierra, parece que lleva camino de realizarse en lo adelante a cara descubierta. Mirando sólo a su interés y al robustecimiento de su máquina imperial se disponen los gobernantes estadounidenses a dar las últimas vueltas al torniquete de oro con que nos ahogan lentamente.

La actitud de franca hostilidad, la absorción no disimulada, organizada por los políticos yanquis contra Cuba—con toda su extrema gravedad y su amplia trascendencia—no ha extrañado a los editores de *1929:* Tampoco a nuestra mejor juventud, la que consulta el interés de todos y no el bolsillo propio antes de actuar en nuestros problemas políticos. Sí a nuestros políticos de ayer y de hoy. La ayuda norteamericana,—cobrada a interés usurario—en la contienda por nuestra independencia levanta en muchos sectores de nuestra sociedad enternecidas loas de gratitud. Todavía se oyen en mítines y asambleas las continuas referencias a nuestros *desinteresados vecinos*, a *los que nos dieron la libertad con su fuerza.* Aún gran parte de nuestro pueblo ingenuo y desorientado pone los ojos en blanco ante los rascacielos formidables que nos ha dado el capital de Norteamérica y ante las playas fastuosas y los bateyes con jardines y *bungalows* flamantes. Hemos estado durante años y lustros adorando—y labrando—la reja de nuestra prisión. Ahora, cuando ya terminada se dispone su dueño a cerrarla, ponemos el grito en el cielo, enarbolamos la banderita y el himno y queremos hallar de improviso la salida.

Es innegable que se acercan — que estamos viviendo ya—días críticos para nuestra tierra. ¿Echados a un lado los antifaces, se detendrán ya los dominadores? Y, anquilosadas nuestras fuerzas —nuestra virtud—en la actitud beatífica y contemplativa, ¿nos restarán ánimos y decisión para el gesto salvador? ¿Recreará nuestro pueblo en la adversidad, en la indigencia, los arrestos pasmosos de otros momentos quizá no tan difíciles ni tan decisivos? ¿Necesitaremos del dolor y del hambre, del *caldo de taburete*, para llegar a ver claro en nuestra realidad nacional e internacional, para saber que el regalo y el lujo y el refinamiento que se apoyan en elementos ajenos no son sino crimen?

A los hombres públicos de Cuba cabe la gran responsabilidad del momento presente. A los jóvenes hallar su solución. Quizás si ni el estudio hondo de nuestra desintegración, ni la energía en la búsqueda del remedio necesario den el camino. La culpa de mañana estará mitigada al menos por el anhelo sincero de haber querido hallarlo.

(Edición de febrero de 1929.)

Periodismo de importación.—Cada día se ve más invadida nuestra prensa por ese diarismo de sindicato que tiene su principal asiento en los Estados Unidos. Las grandes empresas periodísticas norteamericanas no controlan ya solamente el aspecto informativo de la prensa cubana, sino que tienen en sus manos lo que en todo órgano de opinión debiera ser genuino y fundamentalmente intransferible: la ideología. Esos artículos de periodistas por lo general mediocres, que los sindicatos yanquis exportan al por mayor, con la baratura natural de la abundancia, y de los cuales la Habana va siendo ya un mercado muy codiciable, dan un tono postizo y un carácter de lamentable subordinación a nuestros cotidianos. Que por este medio se consiga una colaboración periódica de Bernard Shaw, que de otro modo resultaría prohibitivamente costosa—aun cuando algunos envíos parecen, por su inocuidad, obra de los amanuenses del comediógrafo—se explica y es loable. Mas por el caso excepcional de un Shaw, hay que sufrir a esa caterva de Brisbanes que diariamente cubre de sandeces las páginas de nuestros periódicos.

Se habla de constreñirnos un poco a lo nuestro, como medida de prudente economía. Se habla también de eliminar ciertos elementos exóticos que, por snobismo, se han arraigado en nuestro pueblo y acentuar en cambio los rasgos típicos, más peculiares. ¿Por qué no hacerlo en lo que respecta al periodismo—factor que puede ser tan importante en la pretendida reivindicación de nuestro carácter? Realmente no es más grave atentado contra el nacionalismo comer carnes de Chicago en lata, que importar artículos periodísticos del Sr. Brisbane. Conserva por conserva la primera siempre es más sustanciosa.

Entre tanto nuestras plumas más ágiles, penetrantes y avizoras se ven forzadas a largas vacaciones porque las empresas periodísticas cubanas prefieren, muchas veces, esa literatura de sindicatos, más barata y cómoda.

Baratura. Comodidad. Ciertamente son dos comodidades. Pero ¿cuándo aprenderemos que estas empresas en que el espíritu participa—o debiera participar—no pueden ser, precisamente las más cómodas?

(Edición de marzo de 1929)

La trustificación del pensamiento

Un nuevo enemigo de la libertad de la prensa

=De *Patria*. San Salvador=

El artículo de *Le Matin* en que se denunció, hace algunos días, el extraordinario proyecto de una Sociedad Anónima inglesa,—L'Anglo Foreign Newspaper, Limited Co.,—de trustificar una parte de la prensa europea, ha producido por todas partes una intensa emoción. No podía dejar de producirla, si se atiende al extraño propósito de dicha Sociedad, y al capital de 400 millones de francos de que dispondría para realizar esos fines.

Casi todos los diarios franceses,—salvo dos o tres excepciones obligadas y previstas,—han reproducido el insólito prospecto que figura entre los anuncios de los grandes diarios de Londres. Y el domingo último, en el banquete de la Asociación de los Diaristas Republicanos, M. André Tardieu, Ministro del Interior, del Gobierno francés, hablando no solamente en su nombre, sino también como vocero del Gobierno, dijo:

«*Cuando se ve, como ahora, fundarse sociedades impresionantes por el número de sus millones, y cuando se les oye anunciar que se disponen a comprar diarios y aun series enteras de diarios, nos sentimos obligados a decir las cosas en toda su verdad. Tales proyectos no nos satisfacen de ninguna manera. Más bien nos inquietan, y provocan en nosotros un sentimiento de violenta protesta. El día en que se pueda canalizar el pensamiento de los lectores, ese día habrá terminado la vida de la*

democracia. Necesitamos de una prensa cada día mejor informada, cada vez más activa, cada vez más ferviente»

Es justo consignar que la emoción adversa a tal proyecto no se ha limitado a Francia y al Continente europeo, sino que ha repercutido en la misma Inglaterra, sede de la Sociedad que intenta monopolizar la prensa.

En uno de los grandes clubs de Londres, el Club Bartolomé, se acaba de discutir la cuestión, provocando contra ese formidable atentado a la libertad nacional del pensamiento, la más solemne desaprobación. Uno de sus principales miembros, Mr. Holdford Knight, declaró categóricamente, entre los aplausos del auditorio: «*Los grandes trusts de Diarios son contrarios a una sana política, porque ellos tienden a fabricar y a desnaturalizar la opinión pública. Un gobierno valeroso, debería proponer una ley que prohibiera todas las combinaciones y todos los trusts*».

No cabría decirlo mejor, y es satisfactorio que esto se haya dicho en el país mismo que se enorgullece de haber visto nacer el gran principio de la libertad de la prensa, y que no podría, sin avergonzarse ante la historia, asistir con indiferencia a su muerte después de haberle dado la vida.

Que algunos diarios se asocien entre sí para la defensa de sus intereses materiales y morales; que sustituyan mezquinas rivalidades por una cooperacion cordial, es perfectamente justo y útil. Tales alianzas son corrientes en los Estados Unidos, y han producido los más benéficos resultados. Pero cada uno debe guardar su plena independencia de dirección, en la política y en la transmisión de las noticias que le sirven para influir sobre la opinión pública. Cada uno debe mantenerse dueño de sí mismo, y sobre todo no obedecer a ese Jefe desconocido que viene de no se sabe dónde, que va no se sabe a dónde y que se llama *el dinero*. La posesión de numerosos millones puede conferir y confiere a sus poseedores todos los goces que se quieran; pero nunca la facultad de dictar a la opinión pública lo que debe ésta creer, lo que debe pensar y lo que debe hacer.

En un país libre, no debe haber más que una supremacía y es la de la inteligencia. Es ella y no el oro, quien debe guiar el pensamiento colectivo. El día que la prensa pertenezca únicamente a los más ricos, la prensa habrá dejado de existir. Y el día en que ya no haya prensa, habrá concluido el pensamiento.

Para hacer respetar la libertad del pensamiento, matriz de la libertad de imprenta, no hay necesidad de que un gobierno sea valeroso: vasta que sea clarividente, y que, recordando que tiene a su cargo la vida de la Nación, se resista a permitir que esa vida se extinga.

Le Matin. París.

(*Trad. de* Alberto Masferrer)

Poemas mexicanos

La pistola

No falta en traje de charro
la buena pistola nunca;
orgullo son de mi tierra
canana, pistola y funda.

Para cuidar unos ojos
que nos dieron su ternura,
una boquita risueña
tan dulce como las tunas;
echar naranjas al suelo
o bien quitarle unas plumas
con una bala certera,
y de noche, a una lechuza,
guarda siempre el mexicano
una pistola en su funda.

Para morir por la Patria,
cuando se cubre de brumas
y hay alguien que dice: *¡Guerra!*
¡Nos invaden!... Ahora o nunca!,
hay cien mil pistolas listas
de Texas a Tapachula.

(De *Cosas de mi Tierra*)

Lejos

Mientras haya un caballo pretencioso
de finas crines y de cola larga;
un caballo que tenga de estatura,
muy bien medidas, unas siete cuartas;
que no huya al sentir en las orejas
el agudo silbido de las balas,
y que sepa llevar a una ranchera
de rasgadas pupilas en el anca:
¡no me vengan a mí con automóviles
aunque sean mejores que los Packard!

En lugar de automóviles, caballos
para andar por las tierras del Anáhuac,
mirándome en los lagos diamantinos,
contemplando los rientes panoramas,
acudiendo en mi cuaco a los bochinches,
cortejando en mi cuaco a las muchachas,
lanzando potros bravos en los ranchos,
bebiendo pulque en jícaras de Uruapan,
llevando dos pistolas y cien tiros
para echar harto plomo en las montañas...

Así soy yo: me gustan sobre todo
las varoniles cosas de mi Patria;
me seducen las tilmas de Saltillo
y los ricos sombreros de alas anchas,
los regios pantalones adornados
con los botones de luciente plata,
las canciones de amor (¡y qué canciones
ésas que el pueblo arranca a sus guitarras!),
los toros, que también son fiesta nuestra
que nos dejó, con su valor, España;
los taquitos de rica barbacoa
las incomparables enchiladas;
en vez de pan francés, quiero tortillas,
por un plato de mole doy el alma...

Hay que vivir en México y sentirlo;
hay que probar las cosas de mi Patria,
para saber lo tristes que aparecen
al través del destierro y de las lágrimas...

(De *Cosas de mi Tierra*)

Las chinampas

Son primaveras que flotan
sobre las aguas del lago
mientras los indios elevan,
como una oración, su canto.

Chinampas de Xochimilco,
como cisnes encantados
vais cubiertas de amapolas,
de margaritas, de nardos...

México es una chinampa
de flores rojas...bogando
va la chinampa encantada
sobre un Xochimilco trágico...

(De *Cosas de mi Tierra*)

El corrido

Buscad el alma del pueblo
adentro de una canción:
¡mexicano que no canta
en México no nació!

Con la guitarra en la mano,
sentimental, fanfarrón,
veréis al hijo del pueblo
lanzar al aire su voz.

El nombre de una mujer,
como el aroma la flor,
va perfumando la copla
que sale del corazón.

En el amor y en la muerte,
en la dicha y el dolor,
el mexicano es el mismo
frente a los hombres y a Dios.

Igual en tiempos de paz
que en los de revolución,
entona el pueblo el corrido
en cuyos versos quedó
presa la pena o el goce
de un anhelo o de un amor.

Y hay en el corrido toda
la altivez de Díaz Mirón,
el misticismo de Nervo,
la gracia del Duque Job...
¡porque está el alma de México
adentro de esa canción!

El rebozo

Para el *Repertorio*.

¡Qué chula se vé mi prieta
con el rebozo terciado,
lleva colgando en los flecos
cien corazones de charros!

Ata sus trenzas listón
de colores mexicanos:
como la esperanza, verde;
rojo, como son sus labios;
y blanco como su frente
que ningún hombre ha besado...

¡Qué chula se vé mi prieta
con el rebozo terciado:
al que la vé, se le van
los ojos tras de su garbo!
¡Son los deseos lebreles
que cuando ella va pasando,
husmean la presa y saltan
con ansia tras de su rastro!

Muchachita, muchachita
que de amor me estás matando,
porque eres chula y te quiero
como quiere el mexicano:
óyeme lo que te digo
y tente mucho cuidado:
puede tu rebozo ser
velo nupcial... o sudario;
que yo, que por ti me muero,
al que tú mires... ¡lo mato!

Adolfo León Ossorio

Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Notas al libro de Marañón

La educación sexual

=De *El Sol*. Madrid=

«¿Y la moral?...», se pregunta el doctor Marañón en el último párrafo de su obra recién publicada, *Los estados intersexuales en la especie humana*. «¿Y la moral?...» «La moral—contesta el autor, y éstas son las palabras finales de su libro—, la eterna y divina moral, no la que han inventado los fariseos, está siempre del lado de la luz.»

En efecto, no hay más moral verdadera, ni otras auténticas virtudes, que las que están del lado de la luz. Como que la moral se idenlifica con la luz misma, que si para la ciencia es claridad, para la conciencia es calor, calor de emoción generosa, ardiente amor al bien.

«Del lado de la luz...» Con esta noble frase postrera se cierra el volumen. Y al terminarlo, el lector atento ha ganado algunas perspectivas muy fértiles sobre los campos de la ética, de la educación, del mejoramiento social.

Se trata de una obra científica de biología y de medicina. Pero ya decía Descartes que si algún medio existe de hacer a los hombres más cuerdos y capaces, es en la Medicina donde hay que buscarlo. Y este médico ilustre, Marañón, estudiando concienzudaments un problema clínico cual el de la intersexualidad o coexistencia de ambos sexos en un mismo individuo, problema que se roza con realidades turbias, repulsivas, llega, sin embargo, a conclusiones claras, limpias, sanas, que, fortificando nuestra confianza en el progreso humano, pueden servir a moralistas y educadores y a cuantos de algún modo ejerzan la cura de almas.

La Humanidad, a juicio de Marañón, avanza y se perfecciona en el sentido de una mayor diferenciación sexual. El hombre, cada vez más hombre. La mujer, cada vez más mujer.

Los estados ambiguos, los casos equívocos, no serían, por lo tanto, señales de un refinamiento más o menos decadente, sino torpes residuos rezagados de un grosero primitivismo.

Abajo, en lo inferior de la escala, se hallaría la absoluta promiscuidad, el instinto carnal completamente ciego. En seguida vendría una primera diferenciación, la de los dos sexos; a cada uno de ellos le atraería solamente el sexo contrario. Un paso más, la diferenciación se acentúa: ya el macho no se siente atraído por la hembra, por una hembra indistinta, cualquiera, como ocurre por lo común en las especies animales, sino que, cual suele acaecer en el hombre civilizado, se deja seducir sólo por la que reune ciertas cualidades o responde a un determinado tipo físico o psíquico. Todavía un grado más arriba, en lo alto de la escala, este proceso diferencial se acaba y completa, y ya el varón amará a una sola mujer elegida, la única, su arquetipo, dando lugar al amor monogámico permanente, «que representa, por lo tanto, el sumo grado de perfección de la sexualidad humana.»

La unión de varón y mujer, no efímera, sino hasta la muerte—y acaso hasta más allá de la muerte...—, no sólo para el fin sexual, sino para todos los fines de la vida: esta unión de la pareja humana, fiel en la vida y en la muerte, la monogamia perfecta, no es, por tanto, doctrina anticuada, sino un ideal de porvenir que la sociedad ha consagrado ya en la letra; pero que, en espíritu y en verdad no ha llegado en muchos casos a realizar todavía plenamente.



Dr. Marañón

La educación habrá de favorecer en cada muchacho ese proceso evolutivo de la especie. Una educación viril y casta.

Varonil, sí. Que nuestros hijos aprendan a ser hombres. Pero «ser hombres» no es iniciarse precozmente en el libertinaje. La escuela de la virilidad es la pureza. El casto es fuerte.

Para el el doctor Marañón, un mandamiento, que en esta materia resume todos los demás, es el retrasar en el joven el ejercicio sexual. Por algo el hombre, como apunta Bolk, es, entre todos los animales, aquel cuya aptitud reproductora empieza más lejos del nacimiento. Y en el hombre civilizado, más tarde aún que en el salvaje. «Toda demora en la actividad sexual—dice Marañón—es una reserva inapreciable para la cantidad y la pureza de la sexualidad futura.»

El muchacho trabajador, estudioso, deportista, idealista, entusiasta, y no vicioso ni libertino, ése es un hombre, y ese será mañana un varón en toda la plenitud de la palabra, floreciendo en sus hijos y en los hijos de sus hijos. En cambio, el adolescente mujeriego, precozmente corrompido, es un débil moral que creyendo adelantarse, no hace sino retroceder a los tiempos cavernarios, a los bajos peldaños de la evolución humana.

Para responder a la marcha de esa evolución progresivamente diferenciadora, las niñas no deben educarse como los niños. Cada uno de los dos sexos ha de recibir una formación diferente y, en cierto sentido, opuesta. Pero si las niñas no deben educarse *como* los niños, acaso deban educarse *con* los niños.

Lo que ocurre con las edades es aplicable a los sexos. Hay que graduar las escuelas para que los alumnos de doce años tengan enseñanzas y ejercicios distintos de los de seis. Mas al mismo tiempo sería bueno que los pequeños y los mayores conviviesen constantemente, participando juntos en determinados trabajos y juegos, en muchos de los actos escolares, y enriqueciendo todo su espíritu en esta relación con los otros chicos de edad distinta y de distintos pensamientos y caracteres.

También las niñas podrían educarse de otro modo que los niños y, sin embargo, convivir unas y otros diariamente en determinadas actividades de la escuela, bajo la discreta tutela de sus profesores, aprendiendo así, de una parte, a diferenciarse, y de otro lado, a conocerse, estimarse y respetarse recíprocamente.

Sin olvidar, por su puesto, que varones y mujeres son igualmente seres humanos y tienen, como tales, muchas notas comunes en su espíritu.

La pared de cal y canto puesta entre santo y santa es el mayor obstáculo a la interna santidad del corazón. Como afirmaba San Pablo, «todo es puro para los puros». En cambio, para el impuro, las mismas rejas son una tentación más. Con certera perspicrcia advierte Marañón los peligros sexuales que algunas veces encierra la educación aislada de los internados.

Pureza no es hipocresía. Es justamente lo contrario. La educación sexual ha de realizarse «del lado de la luz». Sin olvidar, por supuesto, que el pudor, como el vestido, no es una preocupación atávica, sino, por el contrario, una progresiva conquista de la civilización. Pero recordando al mismo tiempo que la pared de cal y canto puede también aparecer como un agravio al pudor, una profanación de la espiritualidad adolescente y una ofensa a la dignidad del amor futuro.

Al fin y al cabo, el amor, la fe y la esperanza en el verdadero amor constituyen la mejor defensa contra los extravíos sexuales de la juventud.

Al terminar el admirable libro del doctor Marañón vienen a nuestra memoria los versos de Dante en el canto veintisiete del *Purgatorio*. ¿Recordáis? El poeta llega al último círculo, en el que se purifican los lujuriosos metidos en un río de fuego. Un ángel le advierte que no puede pasar adelante si no se sumerge en la ígnea corriente. Al oírlo, Dante palidece como un muerto. *Quale é colui che nella fossa é messo...* Pero Virgilio lo anima diciéndole que aquella muralla de fuego es lo único que ya la separa de Beatriz, la amada ideal. *Tra Beatrice e té é questo muro...* La grosera lujuria es el muro que separa del amor. Y el glorioso vate florentino lo salva, purificándose en el ardiente río, mientras Virgilio lo conforta en el dolor recordándole la mirada de Beatriz. «Sus ojos ya ver me parece...» ¡Cuántas veces en el alma juvenil el grito brutal de una baja sexualidad habrá sido también depurado, vencido y superado por la ilusión de un amor más alto, por la imagen de la futura compañera de la vida, por los ojos incomparables de la mujer única... *Gli occhi suoi giá veder parmi!...*

Luis de Zulueta

Víctor Hugo es un tema de actualidad

=De *La Prensa*, Buenos Aires=

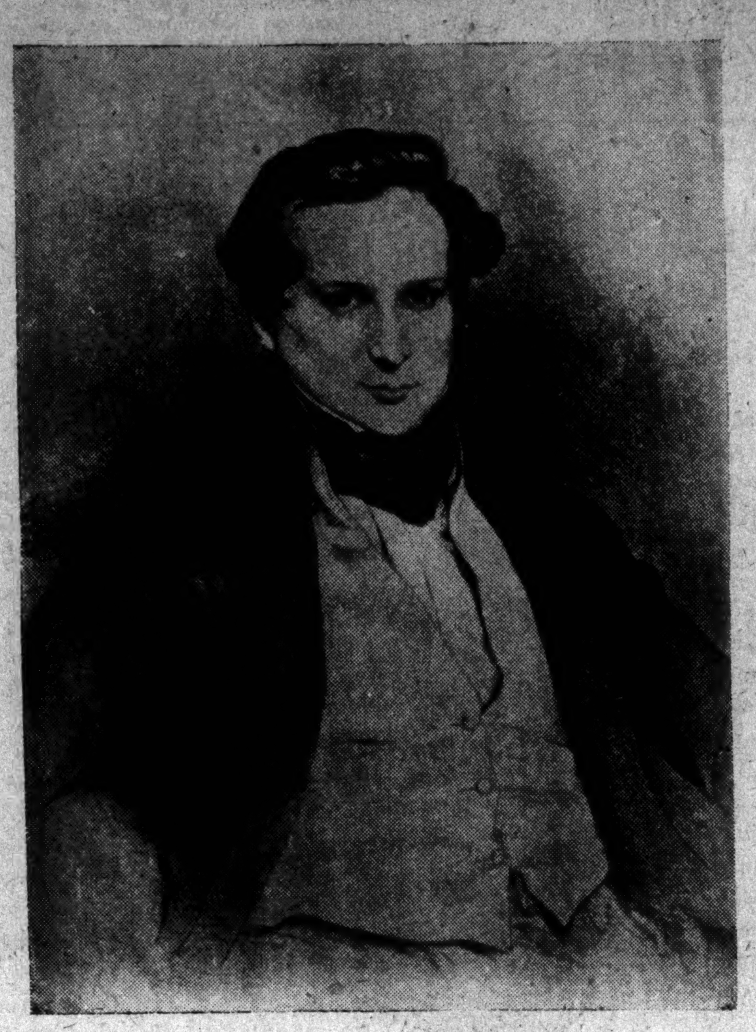
Refieren que Mussolini cuando está en compañía de amigos íntimos y se despoja de su camisa de luto para beber un sabroso Lacryma Christi, murmura con algún desaliento en la voz:

—Después de que yo me muera, sólo seré un busto de plaza pública; pero detrás del monumento vendrán a besarse los enamorados.

Ignoro si el cacique italiano es tan frívolo y tan sagaz como esa frase lo pinta, pero no le falta razón al suponer más perdurables el beso y la primavera que toda celebridad política. El actual, el perenne culto a Víctor Hugo lo está probando. Víctor Hugo no es sólo un busto, sino un cuerpo entero de mármol en los parques por donde Manon o las *midinettes* se van a merendar besos y bombones. El cuerdo abuelo sabía que sólo perduramos si hemos ligado nuestro nombre a la dulzura de las cosas efímeras. Cantó el amor, lo hizo, lo padeció. Para las modistillas y los gorriones es tal vez un lugar de cita; para el vasto público siguen siendo un tema de actualidad sus versos, su infortunio conyugal, su adulterio desfachatado y magnífico.

Nunca se han publicado más obras sobre su vida y milagros. Ayer no más me enviaba Raymond Escholier un libro de patético y efusivo lirismo sobre *La vida gloriosa de Víctor Hugo*. El señor Lacretelle publica otro sobre su vida política y en todos los periódicos leo comentarios sobre este tema familiar. Familiar para cualquier escritor francés que sabe de memoria *La tristeza de Olimpio* o algunos centenares de versos de la obra magna. (Pierre Benoit o Pierre Souday saben más de un millar). Y, como si no bastara esta idolatría, los escritores ilustres de hoy averiguan con tal constancia que no sólo parece curiosidad, sino efusión de culto, las intimidades sentimentales del abuelo.

Sin contar los amoríos de este hombre torrencial, dos amores de opuesta índole que llenaron su vida continúan sirviendo de enconado pretexto a la discusión de críticos y escoliastas. El primero, Adela, su mujer, la purísima de *Las cartas a la novia*, la que más tarde engañó al Júpiter tonante con un hombre feo, inteligente, villano y sutilísimo: Sainte-Beuve, el maestro de la crítica subjetiva. Hay dos escuelas, los adelistas y los antiadelistas, que pelean acerbamente, como los teólogos antiguos por la virtud inmaculada de una mujer. El actual ministro de Justicia, Louis Barthou, que posee en sus cartones de erudito hasta las cuentas de la lavandera, pretende saber exactamente a qué hora y en qué sitio fué mancillado el honor del marido insigne; otros como Gustave Simon, albacea de Hugo, negaban el hecho con pasión, como si se tratara de una afrenta propia. Este viejecito cortés y tan bondadoso que me brindó algunas páginas inéditas del maestro, perdía la cabeza cuando le hablaban del posible adulterio. «Ha guardado la virtud de Adela Foucher—escribía últimamente León Daudet—como se guarda un jardín público. Le faltaba únicamente un gorro galoneado en la cabeza.» El feroz polemista se ríe; no riamos cuando se trata de culpar a una mujer. Pero aquel marido hiperbólico, huracanado y veleidoso, no debía ser, a todas horas, un compañero ameno. A más templada zona supo llevarla quizás ese taimado Sainte-Beuve, a quien nadie aventaja en la profesión de buzo de almas. Todo lo comprendió, todo lo supo, todo lo adivinó: el arte de amar, de Ovidio; las primeras decepciones íntimas de la esposa y la manera cauta de despertar su piedad antes de clavarla mañosamente los siete puñales del amor. La primera vez, según cuentan, Sainte-Beuve dió cita a Adela en un cementerio. Era la moda entonces. Además, los cementerios no son en París, como en otras partes, un lugar extramuros con su alameda de canos cipreses que puede recorrer el príncipe Hamlet llevando un cráneo en la diestra. No, son jardines un poco tristes. Por sus senderos mullidos de hojas secas pasa el dolor verdadero como también la viuda fingida y elegantísima, dispuesta a consolar a los solitarios. «No vale la pena de haber leído tantos libros a siete francos cincuenta—escribió una vez irónicamente Maurice Barrès—para amar como todo el mundo». Aludía a los libros de la Biblioteca Alcan, devorados en su juventud estudiosa y ávida. Sainte-Beuve aprovechó asimismo en el cementerio sus lecturas de la Biblioteca Nacional. ¿Obtuvo éxito? En todo caso, lo cantó en versos mediocres y la reprobación de los hombres discretos lo persigue en la tumba.



Víctor Hugo en 1829

Otro amor fidelísimo, maternal y eucarístico consoló al poeta de la injuria de su destino. Julieta Drouet, joven actriz de talento, no parecía destinada a la carrera de la fidelidad, pero su amor a Víctor Hugo repite la conversación fulgurante de Magdalena. Desde 1833, renunció al teatro, a la vida mundanal, a sus pompas y vanidades, para ser la compañera sumisa, humilde y pobre, la novia de un *spozalizio* con la gloria. *Ancilla domine*. Sí, esclava del señor, que era violento y atrabiliario, pero que le escribía cada mañana cartas de amor hasta en el destierro de Guernesey, cuando la querida—majestuosamente oficial, como la Maintenon o la Pompadour—vivía a dos pasos de la mujer legítima. ¿Por qué no se divorció de Adela?, se preguntan hoy los investigadores. Quizás para castigarla con la injuria de una infidelidad incesante y regia.

—Estoy devorado de amor y de inquietud—escribía cada mañana a su dulce dueño.—¡Oh mi vida, mi alegría, mi muy amada, tengo tanto amor que darte y tantos besos que prodigarte!

Con la exuberancia de un colegial y la puntualidad de un notario, acariciaba el alma de su Julieta, que no era manca. Julieta contestaba en el mismo tono. Mi amigo Luis Icart, el exquisito pintor parisiense que ha adquirido esa correspondencia y va a entregármela para que yo haga escribir una vida novelada, posee quince mil cartas, ni más ni menos. Y no están todas las que escribiera esta Julieta a su genial Romeo. Una novela de desprendimiento, de pasión inteligente, de altruísmo diario. Alguna vez, para asistir a la recepción académica de Hugo, gastaba ella sus últimos francos en adquirir un abanico que lucir en la fiesta y con tierna sonrisa refería esos detalles de su pobreza valiente. En cambio, él la inmortalizaba en *La tristeza de Olimpio* o la escribía: «Si tengo genio, éste proviene de ti».

Así eran nuestras abuelas, capaces de un desliz en el camposanto, pero prontas a abdicar en plena juventud para arrullar un corazón romántico. En nuestra edad de tarjetas postales y abnegaciones breves, temo mucho que nadie sea capaz de escribir, a la sombra de Júpiter, veinte mil y tantas cartas de amor.

«Tratándose de la historia—decía el autor de *Pierre Nozière*—, hay que resignarse a ignorar muchas cosas». Los historiadores de Hugo que son legión, no se resignarán jamás. Por eso hay adelistas furibundos y julietistas empedernidos; por eso se enciende cada semana entre Charles Maurras, Paul Souday, León Daudet y sus satélites una querella inútil, pero enconada, para discutir si tuvo el poeta el destino de Sganarelle. Puede observarse maliciosamente que los escritores monárquicos aceptan con alegría la desgracia conyugal del abuelo, y los escritores republicanos no se resignan a verle salir de la frente esas dos protuberancias que los alumnos traviesos le pintaban a un personaje de Anatole France a ambos lados de la chistera. Para el señor Escholier—el eminente conservador del Museo de Víctor Hugo—, Sainte-Beuve sólo obtuvo de Adela una simpatía casi piadosa; pero León Daudet dice haber visto fotografías del poeta con esta dedicatoria: «A mi Adela *perdonada*». Los unos, los más numerosos, sólo recuerdan el generoso idealismo de Hugo, su destierro, su desinterés absoluto, su bondad íntima en el arte de ser abuelo. Pero Charles Maurras duda de su sinceridad, no quiere concederle talento sino en los pequeños poemas de *La canción de las calles y los bosques*, negándole importancia a la *Leyenda de los siglos* o a sus *Castigos* coléricos. Y en un artículo sobre «el falso y el verdadero Hugo», León Daudet escribía hace poco, aceptando sin reservas el adulterio de

(Pasa a la página 286.)

Víctor Andrés Belaunde

De vez en cuando—últimamente con cierta magnífica frecuencia—un barco norteamericano nos trae a Víctor Andrés Belaunde para quitárnoslo unos días después, cuando ya empezábamos a contagiarnos de su vivacidad. Parece que es consigna del Norte suprimirnos el lujo cuando comenzamos a habituarnos a él. Lujo es Belaunde. Pocos hombres he visto tan generosos de su inteligencia. Y como la pasión por la inteligencia es en él radical —hasta el extremo de constituir la síntesis fundamental de su vida—a aquella generosidad, rayana en el despilfarro, se agrega la de sus entusiasmos, simpatías, discrepancias, dudas, fervores y demás nobles ingredientes de su existencia espiritual. En cada conversación, Belaunde vuelca sus cornucopias interiores con esa frenética prisa de su plática, como si quisiera desembarazarse de un lastre demasiado enojoso. Tiene un concepto tan colonial del pensamiento que para él las ideas no se perfeccionan hasta que no se vierten en el diálogo. Muchas de las sutiles disquisiciones de sus conferencias sobre puntos de filosofía, de literatura o de política, ya las conocíamos antes, por sus conversaciones privadas. Belaunde no es de los que se reserva para las ocasiones solemnes. Cualquier momento y lugar son buenos para compartir con un amigo la satisfacción inexpresable de un hallazgo ideológico.

No hay, pues, en este hombre trazo alguno de simulación. Como es se produce. Esa duplicidad tan corriente del hombre de letras no se da en él. Quien cambia cuatro palabras con Belaunde descubre su personalidad como quien le escucha una conferencia de hora y media. La misma pasión por la inteligencia en aquéllas que en ésta. De aquí, sin duda, que sea un charlador delicioso. No sólo infunde a su charla todas las calorías de su temperamento, manteniendo a lo largo de ella una cierta tensión lírica, que sabe graduar discretamente, sino que recorre cuestionarios vastísimos, tiende puentes insospechados entre los conceptos más distantes y manipula con su bagaje de lecturas con precisión y oportunidad admirables, ayudado por una feliz memoria para la cita y el dato. Tiene además Belaunde el don de la frase. Claro que el abuso de este don, conduce fácilmente a una sofistería condenable. Pero ese sentido de la síntesis, mediante el cual es posible bautizar una actitud, una idea, un hombre o una cosa con los granos de sal de unas pocas palabras es de todos modos muestra inequívoca de amplia envergadura intelectual. En Belaunde, por otra parte, el «frasismo» no suele ser alarde apriorístico de ingenio sino culminación sintética de un esmerado proceso analítico.



Belaunde

Toda esta prodigalidad precipita y fracciona sus facultades, impidiéndole hacer obra reposada e íntegra. No puede ser otra la causa de que Belaunde no se haya producido en el libro. De los manuscritos de Galdós se ha dicho que es frecuente hallar en ellos suspensiones súbitas de un pasaje o inicio violento de otro, a renglón seguido sin relación alguna con el anterior. La imaginación del novelista trabajaba más rápidamente que su pluma y para no perder el hilo de sus imaginerías se veía forzado a empezar un capítulo sin dejar completo el precedente. Hubiera necesitado de la taquigrafía para seguir en las cuartillas el «tempo» demasiado rápido de sus procesos mentales.

En Belaunde el ritmo de sus ideas es también más vivo que el de las palabras. Sin duda por esto prefiere la conferencia como vehículo de expresión. Los que le queremos y admiramos, tenemos fe, sin embargo, en que este hombre, con un ahinco de voluntad sostenido, pueda refrenar la avalancha de su espíritu y producir, con asiento y sosiego, la obra interpretativa del pensamiento americano que hay derecho a esperar de él.

Francisco Ichaso

La Habana, 1929.

La crisis filosófica actual

Originalidad y subconsciencia
América siglo XIX

Nuestra querida Hispanoamérica está, ¡todavía! al margen del riguroso momento histórico. En arte y en filosofía sobre todo. Privan aun entre nosotros teorías y hechos intelectuales que están desplazándose rápidamente del pensamiento mundial. Lo que ayer no más llamáramos «orientación», tanto en política como en metafísica y en moral, figura en la actualidad únicamente como un dato de la experiencia, frente a problemas que no se resuelven «intelectualmente». Por todas partes se oye hablar de la insuficiencia del intelecto para resolver las más profundas ecuaciones del nuevo sentido de la vida. El lamentable alarido de Spengler —una verdadera tragedia o catástrofe matemática, planteada por el número y por la intuición—, la vaga e inquietante teoría de Freud—el subconsciente como determinante de actos fuera de la Razón—y las gravísimas palabras de Keyserling ante la Europa incapaz de nuevas soluciones—Inglaterra *instintiva*, Francia *jardinera*, España *africana*, Alemania *introvertida*, etc., son los tres grandes gritos de alerta, no ante la descomposición irremediable de un mundo gastado por el ejercicio intelectual sino ante el advenimiento de otro, ampliado y desorientado por el *subconsciente*, por la acción de lo que el brumoso Maeterlink llamara «sub-liminal».

La conciencia del mundo se ha ensanchado. La acción intelectual, toda referente a lo sensible con sus antenas tenebrosas en contacto con lo espectral de la mente vegetativa, ha ido a hundirse, definitivamente al parecer, en un mundo que nos parece caótico por nuestra ignorancia. Con la conciencia mundial sucede lo que con los continentes físicos, según la teoría de Wegener y De la Cerda (mexicano): tienen aquéllos, según estos sabios, «fundos puntiagudos» o clavos vertiginosos que van a perderse a centenares de miles de metros bajo el nivel conocido, flotando sobre los océanos con sus fantásticas masas de *sial* y de *sima* y recorriendo a la deriva algunos metros por año de N. E. a S. O., lo cual equivale a anunciar un hecho sorprendente: el *acercamieto positivo y material del continente occidental al de oriente.* Si nuestro propósito fuese hablar más extensamente de esta teoría y no de su significación filosófica más allá de la Razón, añadiríamos que tanto Wegener, como De la Cerda, expresan la posibilidad de «un rompimiento de los ejes o puntos de resistencia, del continente occidental, ocasionando con ello la fractura del hueso centroamericano, la inmersión de buena parte de los Estados Unidos, Cuba y algo de México. Pero dejemos esto y siguiendo nuestro simil digamos que, de la propia manera que los continentes tienen clavos o fundos puntiagudos, de la propia manera «la inteligencia» tiene espigas abismáticas que van a clavarse en el océano cósmico de la mente universal, donde la *personalidad* humana deja de tener el carácter trascendental atribuido por la Iglesia al hombre como sér. Así, pasando de lo puramente físico y geológico a lo netamente espiritual, se vé que la misma ley rige al Universo por dentro y por fuera y que el cambio de lo material a lo espiritual es sólo una cuestión transmutativa.

El reino de la Inteligencia ha entrado ya en el crepúsculo. Pronto habrá necesidad, al reponer a esta reina vencida, de crear un nombre nuevo para definir esa capacidad, cada vez más terrible, de pensamiento; porque ni el término «intuición» satisface. Mientras, hasta ayer no más, todos estábamos conformes en que no hay nada más cierto y efectivo que la inteligencia —como capacidad de distribución

---

Una casa para la viuda e hijos de Omar Dengo

La Comisión encargada de recoger fondos en Heredia avisa que faltan unos ₡ 3.000-00 para completar la suma con que se ha comprado ya, una casa a la viuda e hijos de Omar Dengo.

Ahora nos toca a los amigos del ilustre finado en San José, y otras ciudades, reunir los ₡ 3.000-00 que faltan. Se abre, pues, la suscrición y el Sr. García Monge queda encargado de recoger los fondos que lleguen.

Vienen............	₡ 883.50
Marcelino Canales..............................	5.00
	₡ 888.50

y de análisis—, hechos de la historia venían a comprobar que todo el «sistema del conocimiento» era sólo una simple experiencia, un «ensayo» exclusivamente facultativo del hombre, convertido en imperativo categórico por la incapacidad racional humana. Sea ello como fuere, lo cierto es que la historia misma, absolutamente inepta para explicar su contenido y vista ahora como problema filosófico, muestra ya el cambio visible operado en el «sistema del conocimiento».

El Derecho, la política, la moral y el arte, todas las actividades sociales, están en crisis. La Gran Guerra fué el punto culminante de esa callada y subconsciente ruptura entre las ideas clásicas y la actual ansia instintiva de reacomodo a la vida; ansia que no por ser tan vaga, tan inexplicable, deja de ser más profunda y más en consonancia con las exigencias de «lo natural más allá de lo intelectual». Mientras Francia, país representativo de «lo intelectual» por excelencia, creyó dirigir la labor mental del mundo, imponiendo el sello de validez, a lo Gran Lama, a toda obra de arte o de filosofía, nada grave sucedió al mundo; pero he aquí que un hecho al parecer inconexo, su relativo triunfo en la Gran Guerra y su fracaso rotundo al pretender la imposición de tratados favorables a su punto de vista, vino a trastornar toda la orientación filosófica y artística de la tierra.

Francia, país conservador por excelencia, representa todavía (con grave riesgo de pasar a la historia como hecho consumado) el Derecho antiguo, heredado del sentido romano, y el arte antiguo, heredado del Renacimiento cuando no de su *jardinerismo* local. Según el citado Keyserling, esto le da cierto tono provinciano y hermético: «Francia no quiere perder su punto de vista». Y mientras se afana por seguir dictando al mundo la fórmula clásica de la vida social y artística, a su lado están desplegándose nuevos fenómenos vitales que acabarán por imponerse: la Revolución de Rusia, la Revolución de México, con todas las escuelas espirituales derivables de un cambio de frente.

Los primeros intelectuales fueron los romanos: los resultados de su dirección social y moral se han hecho sentir hasta hace diez o quince años, gobernando así al mundo durante un milenio: pero ya el romanismo, tanto en derecho como en arte, está en decadencia; y se engañan ciertamente quienes desean imponerlo todavía, disfrazando su actitud bajo una clámide griega: Roma nunca fué griega en el sentido trascendental de la palabra; fué, como quiere Spengler, un final absoluto frente a la nada... Su Derecho (ese Derecho que todavía se enseña en nuestra Escuela de Abogados) provino de dos movimientos: el social-imperial y el racional o psíquico. Los romanos hicieron de los dioses griegos caricaturas o baratijas y de la moral *la costumbre erigida en ley*. Y es la costumbre, son las tradiciones, las que aún pasan por *Ley*, tanto en la elección de nuestros presidentes como en nuestra moral privada.

Francia recogió la herencia romana, la afirmó, la esclareció y la explicó: de ahí que, mientras duró el reino de este intelectualismo riguroso, Francia representó el papel directriz, «la última palabra» y el «magister dixit». El pensamiento francés es un *vademécum* para uso de los escolares sometidos a la férula de la tradición del Estado. Lo que de ahí viene, lo que ahí se afirma, *es*...

Pero he aquí, además, que luego de varios siglos de especulación intelectual, no ya Francia sino la Europa entera sienten agotados los caminos del intelecto: cada vez se hacen más sutiles las conclusiones y la sinceridad exige una mayor profundización. Para esta profundización es necesario salirse de la órbita intelectual, bajar a las profundidades vitales por el clavo o fundo continental del espíritu y coger la extraña perla, jamás vista, para tirarla en la luz. Y, Francia no puede hacer esto porque todas sus experiencias vitales, íntegras y unánimes, están en el reino de lo intelectual, girando como la bolilla en el fondo de una cacerola. La tradición se impone a su mente con una energía diez veces secular y concentrada. Por eso, ante la tragedia de Francia (tragedia sonriente al cabo) dice Keyserling: «Teniendo en cuenta el sentido unitario del tiempo, y por consiguiente de la tradición en que éste es conscientemente vivido, no puede ser de otro modo sino que Francia ha de ver su misión en la *claridad y diferenciación*... Este es el alto sentido representativo que tiene en la literatura Proust, *el cual significa indudablemente un final absoluto*...» No contento con esta aserción, Keyserling añade esto, que pondrá los pelos de punta a nuestros racionalistas, filósofos u hombres de arte: «Por eso, mientras el mundo pone cada vez más el acento sobre las potencias irracionales de lo inconsciente, Francia se preocupa cada vez más de la claridad del entendimiento... Partiendo de aquí podemos hallar la fórmula definitiva de la *limitación* francesa. Los franceses creen en la definición *como los pueblos salvajes en los fetiches*...» Habrá quienes piensen que siendo Keyserling alemán no podría hablar de otro modo; pero él ya nos ha dicho que su libro (*Europa, Análisis espectral de un Continente*) está escrito para los espíritus finos, incapaces de apreciarlo todo con la sospecha ratonil del burgués.

Una de las tesis francesas, en lo literario, ha sido el prejuicio *de la originalidad*. ¿Qué es lo original? Keyserling, que practica vivencias mucho más hondas y respetables que la simple especulación racional, nos da una definición que debiera servir a nuestros filósofos y artistas de modelo: «La verdadera originalidad no estriba nunca en la novedad aparente, refiérase al contenido o a la forma, *sino en prestar a la apariencia conocida una vida que proceda de un nuevo sentido profundo*... Por ello ningún hombre fundamentalmente importante ha sido *original en el sentido francés*... (Ob. Cit. y *Conocimiento Creador*). Mientras Francia concede mayor interés a los André Gide y a los Proust, «finales absolutos» de una agonía de la inteligencia «humana», el mundo entero sigue creyendo en aquella excepción formidable que se llamó Honorato Balzac, «frente al cual—dice Keyserling—los demás espíritus franceses del siglo XVIII hasta ahora se hallan en una proporción análoga a la de unos insectos con un continente...»

* * *

Si es cierto que está en crisis el «sistema del conocimiento» planteado por el riguroso intelectualismo europeo, representado con sus excelencias y vicios por Francia, debemos proponer siquiera en síntesis, la posición filosófica y moral de aquellos pueblos que repudian las consecuencias de ese intelectualismo. Aunque, por regla general no bien planteada, todos los pueblos comienzan a experimentar un cambio, algo así como el despertar de una considerable parte de sí mismos, el inquietante movimiento anti-intelectualista tiene ya relieves propios en la filosofía social de Engels y Marx, con su interpretación materialista de la historia. Esta interpretación materialista de la historia no es un repudio ciego e instintivo de todo el pasado; es la ruptura con métodos que no se avienen con la actual estructura de nuestras sociedades industriales y progresistas. La doctrina de Engels y Marx, llevada a Rusia por Lenin, se ha convertido en una barricada inexpugnable, en una potencia creadora y también en un peligro inminente para las sociedades conservadoras. En Rusia, ciertamente, se hace arte, se hace filosofía, se hace poesía y pintura. El «élan» espiritual no se ha detenido, pero busca por rumbos tan ajenos al arte racional intelectualista, que los ojos del mundo, acostumbrados a ceñirse los lomos con la cuerda de los Aristóteles y de los Aquinos, no sabe por dónde empezar su juicio. Lo mismo sucede en México con la pintura bolchevique de Diego Rivera, la expresión más elevada que conozco «del subconsciente en el arte pictórico». De ahí que los escépticos y los incapaces crean que el arte «está descendiendo». Y claro es que desciende: a profundidades desconocidas de la Razón, a simas donde el ojo intelectual no puede echar una mirada.

El arte es la suprema fuerza política. Es el molde en que se vacía la emoción pública; y cuando esta emoción se hace tradicional, las otras actividades sociales *mani-*

festarán relaciones subconscientes con ese arte. Un ejemplo aclarará esto: ¿hay alguna relación entre el espíritu social-imperial romano con su arte? ¿Demuestra la pintura del Renacimiento una correspondencia entre la filosofía política de la urbe y la ejecución pictórica? ¿Y qué son las esculturas renacentistas, las pinacotecas de Milán y Roma, Venecia y Florencia, sino una expresión directa del *fetiche político* elevado a la categoría de deidad?

De la propia manera, los pintores rusos actuales y Diego Rivera con sus discípulos e imitadores, tratan de formar el primer sedimento emocional para el pueblo, puesto que es el pueblo en Rusia y México—con interrupciones de todo orden—el que gobierna *económicamente.* El *chef d'oeuvre* de la sociedad capitalista, jerárquica e imperial nos muestra su logro magnífico que culmina por el duro y frío ambiente de la personalidad deificada; mientras que el arte demótico o radical del socialismo izquierdo nos enseña en desbordantes masas y coloridos sangrientos, toda la fuerza de un arranque subconsciente y vegetativo, casi el retorno a la naturaleza de un Rousseau «inyectado».

Este último arte, no es, desde luego, *original* en el sentido intelectualista sino en su plano propio: lo intelectual, que se confunde aquí con lo histórico, nos puede presentar semejanzas con artes similares de antiquísimas culturas desaparecidas, como la maya de Yucatán o la egipcia de la época tebana.

El tipo contra-intelectual no busca en los primores puramente silábicos de la prosa, ni en las formas concurrentes del motivo, su sentido original: lo original le viene de asociaciones íntimas de su ideario con el fenómeno vital ambiente. Cuando escritores modernos se esfuerzan por entregar a las prensas de Francia o de América «cosas originales», lo que probablemente logran es ponerse en ridículo. Tal ha sido el ajetreo de los comentaristas durante estos dos últimos siglos, que ya no hay trillo sin andar diez veces en toda clase de materias. La originalidad de ayer, que era en substancia únicamente la exploración de campos no hollados pero a la vista de todos, sería hoy peligrosa excentricidad, extravagancia plateresca.

El arte de mañana negará la originalidad con tanta fuerza como el presente la afirma. El arte colectivo y colectivista, eliminará pronto la teoría originalista por considerarla una «limitación personal». El ingenio de arte deberá responder a cosas vivientes y palpitantes en el seno de la sociedad y jamás a inspiraciones desligadas del fondo común biológico de la raza. Y hay que confesar que una de las limitaciones y aberraciones más graves que han padecido los «originalistas», es decir, los personalistas, ha consistido en ver la vida desde la estrecha ventana de su inflada capacidad intelectual. Por eso, al fin de cuentas, sabemos hoy, por ejemplo, que Nietzsche ni sus discípulos han sido jamás filósofos, sino «poetas que filosofan». Una corriente formidable nos arrastra fuera de nosotros mismos, fuera de ese «yo» que no pasa de ser sino un «núcleo de pensamientos que se piensan» como decía el Budha. Cuando un artista se encierra en ese yo, su obra no pasa de ser un fenómeno personal, por feliz y graciosa que sea. Ni el filósofo ni el artista, cuando inician algo trascendental, se acuerdan de este yo, todo tejido de emociones contrapuestas, distingos prácticos y sensiblerías carnales. ¿Pero qué hacen el arte y la filosofía sino negar esta personalidad.

* * *

El fracaso de Kant, uno de los más fecundos fracasos filosóficos, fué en verdad una demostración de la profunda sinceridad que poseía al especulador de Koenigsberg. Después de su fracaso ya no podrá haber «filósofos» de escuela, sistematizadores de «la teoría del conocimiento». Exige lo inmediato histórico una actitud de reserva ante los métodos intelectuales en la concepción cosmológica general, por la cual podemos asegurar que la misma declinación observada en el arte alcanza a la filosofía. No pudo ser de otro modo, pues que, arte y filosofía bien entendidos, son una interpretación de lo mismo, con las mutaciones impuestas por el manejo de elementos verbales ya abstractos, ya concretos.

Si la filosofía, tal como la conocimos hasta el siglo XIX fué un ensayo laudable para determinar el carácter y fuerza de los pretendidos «universales», hoy es simplemente un oficio. Habrá que ir mucho más allá de la filosofía si se quiere tener, no ya una simple y veleidosa amistad con la Verdad sino una visión directa del significado de los fenómenos.

Esta visión directa es, ni más ni menos, lo que al principio de este artículo hemos llamado «intuición», procedimiento mucho más eficiente que la codiciosa labor de «asociar conceptos» reducto único de la filosofía hasta hoy. Es claro que por el hecho de recomendar el proceso intuicional, no vamos a imponer determinadas escuelas, como la de Bergson y la del puritano James. Estos no obtuvieron, dicho sea en honor de lo conocido, más que vislumbres de esta futura capacidad humana, suprasensible y visionaria.

Con el ejercicio y desarrollo de la capacidad intuicional habrá que modificar el asiento intelectualista de la filosofía, que ha sido el mayor error *de toda la historia.* Ya no habrá que proceder por *asociaciones de ideas*, de palabras, de géneros, de categorías en fin; y lo que distingue al intelecto de las demás facultades es precisamente *la asociación de ideas.* Por el contrario, la intuición impone la dirección diametralmente opuesta: *la disociación de ideas*, no la antigua abstracción por series y motivos, sino la contemplación persistente de una imagen, exclusiva, única y preponderante, hasta que toda la sensibilidad *se convierta en la cosa misma.* Era el método de Plotino, que sólo conocemos por las explicaciones de sus *Eneadas* en forma algo artificiosa y alejandrina.

Lo asombroso de todo esto es apreciar que una *nueva exigencia* del vivir filosófico real (las «vivencias» de Keyserling) es la que precisamente *nos conduce al subconsciente*, en donde el filósofo a la vieja escuela pierde toda su *originalidad*, la cual es, en el fondo, sólo el sentimiento de lo personal en el seno de las verdades eternas.

Cuando la inteligencia *pasa a ser una cosa,* la materia pensada, lo primero que pierde es *el sentimiento del yo;* de manera que en realidad los filósofos personalistas son sólo poetas desorientados.

Con todos estos cambios, en la filosofía y en el arte, la crítica de hoy pierde totalmente su valor universal. Ya no podrá, en el futuro, apreciarse sino como obra de arte, como expresión o tamiz de un tipo aislado. Con esto cobran mayor libertad el artista y el filósofo, hermanos gemelos de una misma espiritualidad.

Lo «original» que la crítica literaria o filosófica exige de una obra *no se mueve ya en el plano histórico*, sino en el puramente psíquico. Existen obras que por su carácter fundamental humano, como el *Quijote*, han sufrido en el decurso de los siglos inspecciones tan hondas y pormenorizadas que el comentador, si quiere fiel a sí mismo, debe tomar elementos propios *para alcanzar la verdadera originalidad...*

Rafael Cardona

(Seguirá.)

Estampas

Los multimillonarios norteamericanos encuentran que en el poniente enrojecido de sus vidas azarosas pueden conseguir sosiego profesando la filantropía. Algunos millones de dólares destinados a construir edificios para universidades que llevarán el nombre de quien dona, a construir o reconstruir templos religiosos, a instalar lugares de juegos para los niños, a combatir enfermedades, pueden acercarlos a la salvación de sus vidas. Un profundo temor religioso, más que la comprensión de que el oro debe tener otros destinos que no sea el de encadenar vidas humanas, entra a las almas de esos terribles potentados.

A Costa Rica le tocó recibir el influjo de una de esas instituciones postreras de los conflictos de conciencia de los multimillonarios norteamericanos. El señor Rockefeller pensó un día que los moradores de estas latitudes tropicales podían estar padeciendo algún azote. Investigó y convencido por el informe de sus servidores hizo erigir lo que conocemos por ***Institución Rockefeller.*** Esta Institución deslizó hasta nosotros una de sus manos pródigas costeando una campaña contra la anquilostomiasis. Este mal, según dijeron en el advenimiento del hálito benéfico de la Institución, sorbía la voluntad para el trabajo de nuestro pueblo. Niños y adultos al volverse ventrudos sepultaban en el abultamiento estéril toda alegría y diligencia. La Institución traía los secretos para combatir el aniquilamiento de la enfermedad voraz. Costa Rica vería transformarse a millares de seres en figuras útiles. No gastaría en esa cruzada sanitaria dinero alguno, porque de las arcas del señor Rockefeller vendría completo el auxilio.

El servicio fué organizado por todo el país y la «lucha contra la anquilostomiasis» sonó recio y largo durante algunos años. La Institución no era ciega en su filantropía, de modo que fijó un periodo para el suministro de dinero. Llegado el término nos advirtió en tono paternal que lo que faltaba era poco y debíamos seguirlo por nuestra propia cuenta. Y como era natural, estando el flagelo casi dominado, y proclamando los informes y estadísticas y gráficas una victoria al despuntar, Costa Rica siguió costeando la fuerte y constante «lucha contra la anquilostomiasis.» Sólo que sobrevino un silenciamiento y la lucha ha continuado desde entonces casi desapercibida.

Cuánta ciencia desplegaron los técnicos de la «lucha contra la anquilostomiasis», hasta poder decir a la Institución del multimillonario Rockefeller que los dineros habían sido certeramente empleados en Costa Rica! También nosotros nos dejamos envolver por esa niebla de la «lucha contra la anquilostomiasis» y en el fondo de nuestro corazón habíamos puesto a arder el agradecimiento.

¡Ah! pero parece haberse arado en el mar. El país no conocía la verdad de la «lucha contra la anquilostomiasis» Como no se había escuchado voz libre y había el intento de ostentar la eficacia de una lucha, todos los informes oficiales dejaban una cauda de éxito pleno.

Al entrar en el ciclo de la indiferencia esta «lucha contra la anquilostomiasis» ha revelado una única verdad: la de que esa lucha no fué lucha. Entretenimiento de hombres sí fué. De no tener frente a nosotros el informe que va dándonos estos comentarios, diríamos que esa lucha se nos parece a las exploraciones mineras, petrolíferas, auríferas, carboníferas o de otra índole, que promueven los profecionales de la especulación. Los incautos dan el dinero ilusionados con que en cualquier país tropical o de otra situación geográfica, saltará el chorro negro e inflamable, o brillará al sol el metal hechizador. Se perfora el subsuelo, se abren socavones y es todo lo que queda al final de la gran lucha. Nada de lo buscado existía allí.

Pero en Costa Rica sí hubo, hay y seguirá habiendo anquilostomiasis. La Institución Rockefeller aró en el mar, porque a la lucha le faltó humanidad. Se hizo lo que se hizo, por hacer algo, sin anhelo de perennidad. Lo comprueba este informe tremendo que dió al departamento que dirige la salubridad pública del país, el patólogo Dr. Nauck. En *La Gaceta* de hace varios días fué publicado y allí está, no precisamente como el arpa de la rima de Becquer, «esperando la mano de nieve» que sabe arrancar las notas que den armonías.

La mano que espera ese informe es de nieve, no por la albura sino por lo glacial que extiende sobre las revelaciones que hace. No puede dársele importancia, porque no la tiene ya la anquilostomiasis que fué capítulo de otra hora. ¿Quién verá como afirmación alarmante esta de que «en las regiones visitadas por nosotros (las del Sur de Costa Rica) abundan las enfermedades parasitarias, especialmente aquilostomiasis, que es el problema sanitario más importante?» O esta de que «Un descenso de la intensidad de la infección se podrá producir solamente con tratamientos repetidos y evitando las reinfecciones»? ¿O esta otra de que «Las medidas tomadas hasta ahora en estos lugares para combatir esa enfermedad son insignificantes»? ¿O la muy grave de que «Según lo que nos dijeron los habitantes, las personas encargadas de los trabajos de observación y tratamiento de anquilostomiasis, no hacen un trabajo serio, consciente y eficaz»? ¿O la más grave todavía de que «Hemos oído narraciones muy lamentables de explotación de los enfermos que se presentaban para curaciones y hemos visto notas en las cuales se cobraba por el tratamiento y medicinas, vendidas a altos precios»?

Nada de eso interesa ya a la salubridad pública, porque la «lucha contra la anquilostomiasis» no pertenece a estos momentos del progreso nacional. Lo que se hizo hecho está. Pero nosotros sí decimos que la Institución Rockefeller aró en el mar. Si de los dineros que ella nos envió algunos derivaron gloria o provecho personal, el país, Costa Rica, no recibió beneficio alguno. La anquilostomiasis sigue desarrollándose con el mismo vigor de antes. El Dr. Nauck, que no es un teorizante, ni hace campañas desde un escritorio, recorrió palmo a palmo las regiones en donde describe los estragos de la «lucha contra la anquilostomiasis», que son quizá más graves que la propia anquilostomiasis.

Juan del Camino

San José, y mayo del 29.

Carta abierta

A los Señores

Don Luis Dobles Segreda, Ministro de de Educación Pública,

Don Joaquín García Monge, Director del *Repertorio Americano*

Don Carlos Luis Sáenz, Profesor de la Escuela Normal de Costa Rica,

Srita. Carmen Lyra, escritora, maestra y amiga de la Libertad.

Mis queridos amigos:

Puede que haya en Costa Rica muchos que conozcan a León Ossorio únicamente por sus panfletos enardecidos y por las leyendas creadas en torno de las revoluciones; pero León Ossorio es algo más que un panfletista y un revolucionario, y está muy lejos de ser un espadachín.

Es cierto que azota con su pluma, de manera despiadada, a quienes lo maltratan, y a quienes violando los principios de la hospitalidad le cierran las puertas; pero esto no obsta para que él ame y defienda con hidalguía a la juventud.

En el terreno de la poesía, de la oratoria y de la belleza es en el que debe conocerse a este visionario. Es un enamorado de lo maravilloso y por eso se ha lanzado a la revolución y se ha batido en duelos; pero Leon no goza con matar a nadie, ni ama la revolución por la carnicería, sino por el ideal que persiga.

A mí, que las masas lo hayan escuchado de rodillas no me despierta ninguna admiración. El populacho que lo ha ovacionado es capaz de pedir que lo ahorquen. A mí lo que me conmueve es la sed de belleza que empuja a este hombre de polo a polo. Es por eso por lo que me duele que Costa Rica, el más hospitalario de los países latinos, le niegue a este peregrino del ideal la fragancia de sus flores, la pureza de su cielo, la gracia de sus mujeres y la excelencia de su clima.

Yo sé que Leon Ossorio no pide sino que lo dejen soñar en un rinconcito de la Meseta Central, que lo dejen escribirle un verso a una mujer o a un paisaje y dar un recital sobre cosas de su tierra.

Es cierto que a Don Ricardo Jiménez, que sigue siendo un hombre de Estado de gran valor, lo atacó con dureza, y en cierto modo de una manera ruda, incompatible con la delicadeza y el refinamiento de un idealista; pero, señores, sería miopía mental condenar a Ossorio por sólo un hecho de su vida. Yo os pido que apeléis a la cultura del señor Presidente y a su espíritu cristiano, para que deje desembarcar a Ossorio, que desea dialogar con vosotros y recitarles a los estudiantes.

Creo sinceramente que la juventud de mi patria tendría una fiesta espiritual al oir de sus labios lós versos dedicados al charro, a la china poblana, a la india y a las chinampas.

La lectura de un libro sobre la geografía de Méjico, no sería tan valiosa para los estudiantes como una película y una conferencia del poeta sobre paisajes, costumbres, tradiciones y ruinas de la civilización mejicana.

El Gobierno de Costa Rica podría hasta pedirle que prescindiera de campañas hispanoamericanistas, apristas, antiimperialistas y políticas. Podría exigirle eso como requisito para dejarlo desembarcar; y podría llegar hasta el

extremo de deportarlo en caso de que no se ajustara a las condiciones que el Gobierno le imponga; pero no puede ni debe impedirle a Ossorio que plante su tienda en pleno campo para embriagarse con la luz de las estrellas, ni puede impedirle que viendo correr el agua del Reventazón olvide las amarguras de su destierro.

¿En nombre de qué código puede negársele al peor de los hombres que sorprenda un poema en el ir y venir de las olas del Golfo de Nicoya, en la melancolía de una canción guanacasteca o en el llanto de una guitarra?

¿Por qué no han de permitirle que contemple las aguas del Atlántico y las del Pacífico desde la cumbre enhiesta del Irazú o que hunda su espíritu envenenado por la vida en la laguna misteriosa del imponenente cráter del Poás?

Creo que pueden exigirle a Ossorio que prescinda de ataques justos o injustos a los gobiernos despóticos de América, creo que pueden pedirle que limite sus pláticas al aspecto histórico y trágico de la tierra del centinela que vela el sueño de la Mujer de Nieve. Que le pongan condiciones que él pueda aceptar o rechazar; pero que no se le niegue la entrada a un país donde el Ministro de Educación Pública es un poeta, un orador y un escritor que pone su corazón en todos sus actos.

Os pido, en nombre de la hospitalidad, de la tradicional devoción por la libertad y en nombre de los principios humanos que hagáis uso de vuestra influencia en la juventud del país para que en su nombre se permita que León Ossorio pase entre nosotros unos días y escriba sus versos en algún rinconcito amado de la tierra mía.

Cordialmente,

Corina de Cornick

Panamá, R. de P.

El Dr. Jinarajadasa en el Teatro Nacional

La conferencia sobre educación

LA noche del sábado 5 de Mayo corriente en el Teatro Nacional, hizo su presentación pública el pensador hindú Jinarajadasa. Una concurrencia muy selecta de todas las esferas sociales ocupaba nuestro primer teatro, habiendo quedado por fuera de él muchas personas que no pudieron entrar porque la capacidad de los asientos no lo permitió.

El distinguido diplomático Representante de México en Costa Rica, don Antonio Mediz Bolio, hizo la presentación del conferencista en forma muy delicada y con frase clara y galana.

El señor Jinarajadasa vestía al estilo hindú, hizo su saludo y con un desenvolvimiento muy familiar arregló el atril sobre el que dió lectura a su disertación, de seguido. Su voz es firme y llena; su pronunciación del español es clara e inteligible; da a los periodos su cabal interpretación, lo que hace mantener el interés en su plática.

Podemos decir que no hemos visto dos casos más en esta clase de acción intelectual en que se haya oído con más religiosidad a conferencista alguno. Sólo recuerdo que con fruición semejante fué oído el Prof. Cooper que nos visitó hace unos dos años, si no falla nuestra memoria.

El Dr. Jinarajadasa es un maestro de escuela preparado en las Universidad de Cambridge, Inglaterra. Se traduce de sus palabras y del énfasis que en éllas pone, el orgullo e inmenso placer que tiene por la profesión de enseñar. Ha servido en escuelas y colegios privados de la India con propósito de estimular el mejoramiento de la enseñanza oficial inglesa, siendo principalmente en los campos de experimentación de principios filosóficos aplicados a la educación, lo que ha constituido el eje de sus actividades docentes. Es de los de la escuela que respeta—casi con sagrado afecto—la personalidad del niño; de los que desean para éste un ambiente puro y elevadamente estético en el cual logre todas las oportunidades de desarrollar sus poderes mentales. Hace una crítica a las organizaciones docentes actuales, sin dejar las universidades, porque tanto en éstas como en las escuelas primarias, se descuida mucho el cultivo de ciertas fuerzas morales indispensables en el gran campo de la vida de relación entre los hombres. Coloca en primera línea el deporte en la forma de team, que permite renunciar al sentimiento egoísta del triunfo individual, y poner en su lugar el de grupo.

Cree que la educación habrá de dar en lo futuro más importancia al desarrollo de la intuición, que ha sido casi totalmente olvidada en el presente.

Enunció, que, según ciertos investigadores, Freud y otros psicólogos, el tratamiento que ha recibido el niño en el período de su vida hasta los cinco años determina casi por entero su futuro, asegurando que la economía que se haga en la educación de la infancia debe considerarse como un derroche por las proyecciones negativas que tiene posteriormente.

Los kindergarten, o escuelas maternales que cuidan con esmero de las condiciones del desarrollo físico y mental del niño en sus primeros años, deben multiplicarse, por consecuencia.

Tuvimos la impresión—por momentos—de estar en presencia y oyendo la palabra de dos educadores costarricenses que el país ha perdido y que no tendrá la suerte de reemplazar tan fácil y prontamente: Omar Dengo y Roberto Brenes Mesén. El primero, un *self made man*, con tantos esfuerzos mentales y físicos, que a la mitad del brillante trayecto de su vida, cayó al golpe certero de una muerte que lo iluminó en sus últimos momentos y cuyos pensamientos y luchas serán recordados cada vez con más afecto. Omar fué uno de los filósofos de la educación de Costa Rica, y es sensible que su prematura muerte no le permitiera el ejercicio de sus nobles y relevantes dotes de verdadero maestro, por unos años más, para que él hubiera sido una de las fuerzas presentes a la hora de la transformación que ha de venir, en cuanto a contenido tendencioso, forma y sistemas de educación en Costa Rica, transformación con que sueña el filósofo Jinarajadasa para su India querida y para el resto de los pueblos, a cuyo servicio él consagra, esta interesante peregrinación a través de distintos continentes.

R. Brenes Mesén—inspirador de Omar Dengo que desempeñó en Costa Rica cátedras de Lengua Castellana, Psicología, Educación etc., dirigió Colegios de Segunda Enseñanza, y la Escuela Normal de Costa Rica, y que ocupó también en horas muy trágicas para él como para el país, la Secretaría de Instrucción Pública—es otro de los filósofos de la educación de Costa Rica. Una de sus obras—los Programas de Educación Primaria—no por lo que de programas tienen, sino por la ideología que su desarrollo implica, fueron sacados del desdén en que yacen, en la noche del sábado, en que el Dr. Jinajaradasa—queriéndo o no—hizo su panegírico ante una concurrencia que aplaudió conscientemente, sus palabras. Traduciendo al conferenciante, diríamos en otros términos: vivid y completad la obra comenzada por Brenes Mesén, sostenida leal e inteligentemente por Omar Dengo, y tendréis una educación más humana, más serena, más noble, más racional y más acorde con las necesidades presentes y futuras de las sociedades modernas. Esa obra está llena de un amor al niño; de exaltación a la patria, en su doble contenido humano y en valores físicos y toda ella impregnada de una aspiración de belleza y de un profundo respeto de los poderes evolutivos del niño para que se cumpla su propósito de liberación del espíritu.

El que estos mal hilvanados comentarios escribe y no pocos de los que en estas cosas reflexionan, pensarán que es dañina práctica el desprecio que aquí corrientemente se hace, especialmente en lo intelectual, de los valores autóctonos, y que causa dolor profundo esa mezquindad con que solemos mirarnos en este ambiente; pero también reflexionando es justo el orgullo que se siente al recibir de un peregrino de un ideal como el Dr. Jinajaradasa la confirmación de esos valores—en forma perfectamente impersonal—pues que de otra suerte no podría ser.

Terminó el Sr. Jinarajadasa, con un verdadero canto en que exaltó la nobleza de la profesión de la enseñanza—llena de sacrificios a veces—pero profundamente compensadora en las actividades placenteras del espíritu.

El público que ha escuchado con devoción al Sr. Jinarajadasa agradece el gesto generoso de su visita a Costa Rica y sus pláticas de un sentido tan elevado y lleno de un optimismo que conforta.

José Guerrero

Tablero

= 1929 =

Etimología.—Hogar se deriva de fuego, de *focus, focaris.* También de fuego, de *foco, foconis»*, se deriva fogón. Estas dos palabras, unidas al nacer, han adquirido en su camino histórico, sentidos de muy distinto rango y naturaleza. En el hogar antiguo el fogón era indispensable. No así en el moderno.—*Cita de Luis de Zulueta.*

Homenaje bien merecido

Una de las agradables noticias de mi tierra amada ha sido la de saber que los jóvenes y admiradores del ilustre historiador, del ameno narrador de los hechos de la vida nacional, don Ricardo Fernández Guardia, le harán efectivos sus sentimientos, en forma de un homenaje. Como un eco de las emociones sentidas por mis compatriotas, y que yo siento también y hondamente, ha venido a mí esta noticia halagadora, por el hecho en sí y por lo que significa. Hay buena pasta y se puede esperar mucho de los jóvenes que reconocen el valor de sus hombres de espíritu selecto y de devociones consagradas al bien y al servicio de las mismas juventudes. Pocas cosas singularizan tanto a los países pequeños como hechos similares a éste, modestos, pero sentidos y grandes en significación; me imagino que ésta ha sido para él una de las más espléndidas fiestas espirituales que le han hecho sentir que sus esfuerzos y su valor no han caído en el vacío. En ese instante solemne nuestra Patria se ha sentido grande, porque tributa homenaje a uno de sus perennes adoradores, a uno de sus patriotas eximios; se ha ennoblecido la juventud.

Aunque a distancia, y por esto un poco tarde, ha de llegar mi homenaje modesto, pero sincero, y con él la ramita de laurel para ofrendarla al ilustre historiador, que a estas horas ha de estar saboreando la belleza del instante pasado, que coronó con la admiración, su talento y constancia, hasta llevarlo al alto sitio de émulo de las juventudes. En su honor resulta justo todo homenaje, y más así, salido de la espontaneidad de las personas que se interesan por las cosas buenas de la patria. Como algo que me es simpático y noble, ha venido a mí el saber que se tributan honores a los hombres de verdadero valor, puesto, al servicio de la cultura nacional. Bien merecido el homenaje que es exponente de la estimación, no ya hacia el hombre, que eso es común en nuestros países latinos, sino hacia el valor espiritual que en él tiene nuestro país.

H. D. M.

New York.

Bibliografía titular

Los libros y folletos de la semana

De nuestro amigo Dn. Luis Araquistain recibimos su último libro:

La Revolución mejicana. Sus orígenes. Sus hombres. Su obra. Renacimiento. Madrid.

Del ilustre Waldo Frank también hemos recibido su último libro:

The Re-discovery of America. An Introduction to a Philosophy of American Life. Charles Scribner's Sons. New York. London. 1929.

Hay una dedicatoria:
To HERBERT CROLY
Whose *Promise of American Life* (1909) laid the foundation, in modern, real terms, for the view of America as a democratic nation led by an aristocracy of spirit; and.
To the Editors of THE NEW REPUBLIC
Whose generous hospitality made possible the writing of this book.

Don Emilio Uzcátegui, de Quito, Ecuador, nos envía su obra:

Historia del Ecuador. Texto para la Enseñanza de la Historia Patria. Primera parte. Quito. 1629.

Contenido del tomo:

Los orígenes. Los Incas. El Descubrimiento. Conquista del reino de Quito. La Colonia. Estado general de la Colonia.

En un tomo reune nuestro Raul Salazar Alvarez, dos de sus comedias:

La mujer que tenía en la boca el corazón. (De un cuento de Conan Doyle). Comedia dramática en un acto y tres cuadros. y *El hombre que buscaba el verdadero amor.* En San José de Costa Rica y en 1929.

Víctor Hugo es un tema...

(Viene de la página 280)

Adela Foucher: «Ese suceso transformó, alterándola y empeorándola, la naturaleza de Víctor Hugo. Su verdadera mujer fué desde entonces Juliette Drouet, que él impuso a la esposa arrepentida, a sus hijos, a las gentes que lo rodeaban con un espíritu de bravata muy típico suyo. La instaló como es sabido, en Guernesey, a veinte pasos de su residencia de Hauteville House y pasaba con ella las tardes y las noches. No le era fiel sensualmente; pero sentimentalmente, sí. Volvía a ella hasta en muy avanzada edad y mis ojos de niño le vieron tratarla con celo conmovedor. Pero al mismo tiempo pagaba con luises de oro, disimulados tres veces por semana en la agarradera del baño de pies, las complacencias de su cocinera Mariette, a quien hace alusión en lengua española en los cuadernos íntimos que han sido robados últimamente».

Ya ves que estos monárquicos son terribles fiscales de vidas ajenas. Aborrecen a Víctor Hugo, padre de la república y profeta de la libertad, porque no pueden negarlo. Está allí, en bronce y verso inmortal, cerrando el horizonte de un siglo. Se vengan, pues, del hombre; propagan la leyenda del septuagenario que perseguía a las criadas de servir, se burlan del anciano hospitalario que halagaba al admirador de China, de Laponia y de Sud América con la misma frase pomposa:

—Usted es la aurora y yo el crepúsculo.

¿En dónde está la verdad? ¿Fué Víctor Hugo un hombre de mediocre inteligencia, vanidoso y teatral?... Releamos simplemente tal o cual estrofa insigne y las cartas que recibía en la extrema ancianidad, la carta de 1883, en que una mujer sublime le decía suspirando como en un balcón de Verona: «Adorado mío: mi certificado de vida se resume en estas dos palabras: Te amo».

Ventura García Calderón

Las nuevas Revistas:

El Día Estético. Liberación intelectual del Continente Americano. Dirección-Redacción: Calle 16 de agosto N.º 9. Año I. Núm. 1. Santo Domingo. Rep. Dominicana.

Director: D. Moreno Jiménez.—Redactores: Rafael Andrés Brenes, Jesús Mía. Troncoso.

Bibliografía RENOVACIÓN. Organo de la Sociedad Renovación, difusora de la cultura General. Volumen primero. Puerto Plata. Rep. Dominicana. 1928.

Suscribe este primer cuaderno Rufino M. Martínez con este trabajo:
Los conocimientos científicos y los empíricos.

Don Segundo Sombra. Revista de Letras, Crítica y Arte. Núm. 2. Director: Juan Manuel Villarreal. Editada por el Centro de Estudiantes de Humanidades de la Plata, Rep. Argentina.

Bien presentada y bien orientada.

Revista peruana de ciencias jurídicas y sociales. Publicación bimestral. Dirección: Apartado N.º 2349. Lima. Perú.

Nos llegan los números 1 y 2 del Tomo I.
Comité directivo:
Augusto Peñaloza, V. Modesto Villavicencio
Celso, S. Abad, Carlos Rodríguez Pastor.

Ellos dicen su propósito en estas líneas liminares.

En las provincias más apartadas del Perú, domina un entusiasmo fervoroso por la cultura. Todas las ideas apasionan y se las vincula a nuestros diversos problemas, queriendo resolverlos. Nace, así, un espíritu, una voluntad que, subconscientemente primero y como definida aspiración después, siente la necesidad histórica de crear un alma nueva, una cultura, alimentada por nuestra tierra y por nuestra carne.

Nosotros nos proponemos encauzar esta aspiración. El pensamiento peruano se halla demasiado disperso. Queremos, por lo tanto, que nuestra revista sea su vehículo y su tribuna centralizadora. No significa, sin embargo, este deseo, complacencia con lo mediocre e incoloro. Sin sustancia y vigor intelectual nuestra revista estaría condenada a morir atacada de anemia.

El Perú tiene una honrosa tradición intelectual. La *Revista peruana de ciencias jurídicas y sociales*, quiere contribuir a fortalecerla y difundirla en los demás países. Si logramos realizar, siquiera en parte, este ideal, habremos cumplido un sagrado deber.

La Editorial Argonauta, de Buenos Aires, nos remite:

Pierre Ramus: *La nueva creación de la Sociedad por el Comunismo anárquico.* Primera Parte. Fundamentos sociales del Comunismo anárquico.

El poeta colombiano, nuestro amigo, ahora con nosotros, ***Rafael Burgos,*** nos ha traído su libro

Los cuentos exóticos. Cada editorial Elite. 1928.

Contenido de la obra:

Autoprólogo.
El sátiro y la ninfa (Cuento griego).
Alí-Mhed y Zulema (Cuento turco).
El regalo (Cuento chino).
La derrota galante (Cuento indo-hispano).
El triunfo de Osboidrío (Cuento hindú).
Ella y Él (Cuento galileo).
La esclava Cornelia (Cuento romano).

Con una cordial dedicatoria, Dña. Elisa

v. de Michaud puso en nuestras manos esta obra:

Experiencias sencillas de Física y Química, por el Dr. Gustavo Michaud. San José, Costa Rica. Imp. Alsina. 1929.

Con 33 interesantes experiencias. Acojan este libro los maestros de las escuelas.

Noticia

León Ossorio: *Cosas de mi tierrra*. Panamá. 1929.

En éstos términos habla de éste libro, en el Prólogo, Dmitri Ivanovitch:

Adolfo León Ossorio da hoy a las prensas un libro en el que, sin que medie propósito deliberado de ello, se saca triunfante una tesis muy vieja y que será siempre nueva: la de ser la esencia del arte la sobriedad y el sentimiento. Ocioso fuera buscar en **Cosas de mi Tierra** preciosidades de última o de penúltima hora, trasplantes más o menos felices de lo que tal Monsieur o Mister o Herr pensaron y escribieron, ni aquellas reminiscencias estudiadas con que el autor se acredita de hombre versado en propias y extrañas literaturas: echaráse de ver, eso sí, a poco que uno lea, que es un verdadero poeta quien la ha escrito; se caerá prontamente en cuenta de que, pese a ser en su totalidad mexicanas (y aun puede que a veces con desapoderado empeño de mexicanismo), tomadas en conjunto, cumplen con la condición de universalidad que distingue al arte del artificio.

No es de ahora que la poesía culta o erudita o de remedo y la popular o la espontánea o propia vienen librando en las letras castellanas reñidas batallas. Inclinarse a una u otra va en opiniones, en gustos, de los cuales, según reza el refrán, no haya nada escrito. Mas como quiera que cada cual goza el derecho de tener el suyo, no habrá por qué se llame a juicio a quienes se inclinen a lo del pueblo por considerarlo más viviente, verdadero y perfecto, con esencial perfección estética ya que no retórica.

Hay en el ejercicio de la poesía popular, cuando no es el mismo pueblo el que lo emprende, gravísimo escollo que a pocos es dado sortear. Porque sucede que por irse a lo sencillo se cae en lo chabacano; que se toma del modelo aquel no preocuparse de la forma y no se alcanza a tomarle ni una partecilla del alma de Juan de Todos.

No adolecen las composiciones de Adolfo León Ossorio de ese defecto, lo que se debe, a mi juicio, a que no **imita** al pueblo sino **siente** a la par de él.

Si yo hubiese sido el Rey
y tú la preciosa Xóchil:
¡qué borrachera de pulque!
¡qué borrachera de amores!

Para subir a Maltrata
hay que llevar la cobija;
para subir a tu alma,
dime, ¿qué se necesita?

Un toro de Piedras Negras,
o uno de Tepeyahualco:
así me ponen los celos
cuando estás a otro mirando.

No es aventurar profecía el decir que a vuelta de unos años han de oírse éstos y otros versos de **Cosas de mi Tierra** en boca de cantores del pueblo mexicano, el que, de puro sentirlos suyos propios, no ha de curarse de recordar que fué León Ossorio quien los escribió. Lo cual, como ya alguien lo ha apuntado, debe mirarse como la suprema gloria de un poeta.

A más de este género, el de la copla cuya concisión la hace medio preferido de nuestros pueblos, halla la musa que inspira a Adolfo León Ossorio otro, en el que aparece como heredera legítima de la que inspiró los romances españoles. Pertenecen a él composiciones como **Guadalupana, India, La silla vaquera, Un rancho** y varias más. La segunda de ellas encierra en sus veintiocho octosílabos todo el sentimiento trágico que bastara en un poema culto para llenar otras tantas páginas.

En **Las chinampas** el final tiene verdadero sabor de grandeza épica:

México es una chinampa
de flores rojas... bogando
va la chinampa encantada
sobre un Xochimilco trágico...

Hay libros que se leen porque es preciso enterarse de ellos ya que vivimos dentro de una civilización en la que se pierde la mitad de la vida en aprender y practicar cosas perfectamente inútiles; otros hay que una vez leídos se guardan a la mano, sin propósito de consulta interesada, para ir a ellos cuando un gran júbilo o un gran dolor nos afinan la sensibilidad y despiertan en el alma la sed de lo bello. En la categoría de estos últimos coloco, sin comparar ni establecer paralelos, las **Rimas** de Bécquer, el **Tabaré** de Zorrilla de San Martín, los **Diálogos** de Platón, la **Gente pobre** de Dostoyevsky, el **Intermezzo** de Heine y algunos más que alcanzan a contarse con los dedos de las manos, uno de los cuales reservo para **Cosas de mi Tierra**, previa supresión de algunas, muy pocas, de sus páginas.

Dmitri Ivanovitch

Panamá la Risueña,
30 de enero de 1928.

A la toma de posesión

Por Solano

(A *Sergio Carbó*, cubano 100 por 100.)



Don Cleto: Vaya a Cuba ligerito... no es que se va a quedar, porque enseguida tiene que ir a Venezuela...!

(Del *Diario de Costa Rica*)

La muerte de un haitiano ilustre

Vilius Gervais

Cartas recibidas de Haití me han traído la noticia de la muerte del Dr. Vilius Gervais, profesor de derecho internacional en la Facultad Nacional de Puerto Príncipe, antiguo encargado de negocios en la Habana, ex-misionero de la Unión Patriótica Haitiana en Bruselas, miembro del comité central de dicha institución y condecorado por las palmas académicas por el gobierno francés.

Vilius Gervais ocupó un lugar envidiable en el grupo de los intelectuales haitianos. Su obra *El Calvario de la reina Anacaona* obtuvo el premio de la Academia Goncourt de París en 1914. Orador distinguido, sobresalió en la tribuna de Puerto Príncipe, en donde su ciencia del derecho y sus maneras gentiles, le conquistaron firmes amistades y la admiración de la juventud.

En la Escuela de Derecho llevó a su cátedra una competencia que se justificaba por su larga experiencia en la carrera diplomática y sus profundos conocimientos en el derecho de gentes.

Escritor u orador, Vilius Gervais muere en toda la plenitud de su talento, en toda la fuerza de la edad y muere a pesar de la robustez de su bella e imponente estatura. Tenía apenas 42 años. El Comité Central de la Unión Patriótica pierde en él a uno de sus más notables miembros, y *Le Courrier Haitien* a un colaborador asiduo.

Por haber vivido largo tiempo en la capital cubana, como Secretario de la Legación de

Haití y más tarde como encargado de negocios, Vilius Gervais hablaba admirablemente bien la harmoniosa lengua del divino Cervantes. Su muerte será mucho más sentida por la juventud haitiana por cuanto ha acaecido en este momento de lucha desesperada por la restauración de nuestra independencia, en que suspiramos por un acercamiento estrecho con los países hispano-americanos. Ella constituye además un duelo para la intelectualidad y el nacionalismo haitianos.

J. Jolibois. (fils)

(*Mundo al Día*. Bogotá)

Renacimiento

Banquete a un cocinero y camarero que han escrito un libro sobre arte culinaria. Intelectuales en la presidencia. Discursos. Esto va bien. Es la mitad del programa de Costa: despensa. Los oradores afirman que la cocina española es la mejor del mundo. Mucho decir es, pero no voy a discutirlo yo, que vivo sin cocina. Por lo menos debe de ser la más variada. Hasta el cocido cambia según el acento de la guisandera, y eso que le hemos tenido siempre por plato llamado a hacer la verdadera unidad nacional.

La cocina tiene en España un resurgir heroico y un gran poeta, *Post-Thebussem*, tan superior a su modelo en la elegancia literaria, en erudición, en técnica gastronómica y, de seguro, en apetito. Muere la falsa leyenda de nuestra sobriedad, que había nacido solamente del ascetismo fanático y de la falta de fondos. Se multiplican los banquetes, con el menor pretexto, y las comilonas íntimas, Se refina el gusto, se pone de texto la *Fisiología del gusto*, de Brillat Savarin. La vieja hambre española se viste, como en pueblos más exquisitos, de «placer de la mesa». Ha desaparecido el tradicional maestro famélico y le ha sustituido dignamente el pedagogo que haría comer a Lúculo fuera de casa; el pedagogo que se entrega a desvaríos de goloso como uno de quien se yo, que se dedica a catalogar clases de sardinas arenques.

Es un renacimiento que vale por cualquier otro. El mucho deporte al aire libre y el buen llantar a todos los aires no nos pueden llevar por mal camino. Siempre dijo el español que tripas llevan pies, y nunca dejó por falta de pies las más audaces empresas. Con los pies —y sin tripas a menudo—anduvo el orbe como un semidiós. El Cielo sabe a qué fabulosas hazañas le llevarán mañana la tripa llena y los pies fortalecidos por el fútbol.—*Heliófilo.*

(*El Sol*. Madrid)

El Gobierno de Hoover e Hispanoamérica

En los preliminares de organización del nuevo Gobierno republicano de Hoover, el «papel Stimson» ha subido considerablemente. Se da por seguro su nombramiento como ministro de Estado. El actual gobernador general de Filipinas, que en ese alto cargo no ha logrado realizar satisfactoriamente la misión que le fué encomendada, puede que en el Gabinete de Hoover, variando de táctica con mayor libertad de movimientos y más atribuciones, lo consiga. Pero su designación brinda otras consideraciones con respecto a la política norteamericana en Hispanoamérica.

Después de las gestiones del señor Horace Mann para tantear la opinión de los jefes republicanos sobre el nombramiento del señor Stimson, el Presidente electo, señor Hoover, ha creído ya oportuno intervenir en las conferencias y ha tratado el caso con los señores Hughes y Root's, ex ministros de Estado y consocios, en la «razón jurídica», de Stimson. El criterio de los dos ha sido favorable a la designación del actual gobernador de Filipinas. ¿Cuál es la línea directriz de la opinión de Hughes y Root's respecto a la política con Hispanoamérica? La designación de Stimson es posible en cuanto coincida con la doctrina panamericana tal como Hughes y Root's—especialistas en Hispanoamérica—la entienden.

Root's fué ministro de Relaciones Exteriores en 1905, cuando comenzó la intervención virtual de Estados Unidos en Nicaragua, que ha llegado producir el actual estado de cosas. En cuanto a Hughes, reciente está su período de gobierno—1921 a 1925—, durante el cual se agravó la situación de Nicaragua, y Adolfo Díaz, con la ayuda de los Estados Unidos, dió el golpe de Estado, derribó el régimen liberal constituido en elecciones pacíficas y libres? y se incautó del Gobierno, que hoy todavía ejerce. El propio Stimson fué el principal agente de Hughes en Nicaragua, donde mantuvo y consolidó el régimen de Adolfo Díaz. Con su mediación se firmó un Tratado—que el Congreso nicaragüense rechazó—en el cual quedaba Nicaragua sometida en realidad al protectorado de los Estados Unidos.

Estos hechos bastan para definir las intenciones que guían a Hoover en cuanto a su política con Hispanoamérica. No es necesario recordar la actitud de Root's en las Conferencias panamericanas, ni la de Hughes en la última de la Habana. Ambos han mantenido siempre la necesidad de intervenir en el gobierno de los pueblos hispanoamericanos y han ensalzado y glorificado a Stimson por su habilidad de comisario colonial desplegada en Nicaragua tan eficazmente que el fracaso de Filipinas no consigue desmentirla.

La política imperialista norteamericana lleva traza de alcanzar durante el período presidencial de Hoover su expresión más decidida.

(*El Tiempo*. Bogotá.)

La reacción se agita

Un grupo de militares se ha levantado en armas en contra del Gobierno de México.

Lincoln Steffens, el venerable líder radical yanqui, pasa el invierno de su vida, recluido y decepcionado, en una modesta casita de California. Publicó hace poco un libro pequeño de tamaño, pero que es un delicioso extracto concentrado de sociología, ciencia política y filosofía de la historia.

El libro se llama ***Moisés de Rojo*** (Moses in red). El veterano defensor de los derechos del proletariado pinta el éxodo de los israelitas como la primera revolución social que registra la historia, y a Moisés como su líder. Cuarenta años para llegar a la tierra de promisión y en esta larga jornada, murmuraciones, conspiraciones y rebeliones en contra del líder liberador.

—En Egipto éramos esclavos; pero teníamos pan y teníamos techo seguros. Ahora, somos libres; pero sufrimos, y la tierra prometida no se vislumbra aún en el horizonte. Levantémonos contra Moisés, el tirano; matémoslo, y regresemos al lado de nuestros amos paternales que tanto interés mostraban por la conservación de nuestra vida y de nuestras fuerzas.

Moisés reprimía con mano enérgica estos movimientos subversivos y seguía con su caravana dando vueltas por el desierto, sin intentar terminar la jornada. Cuarenta años tenían que transcurrir y el objeto era dejar que murieran los viejos, y dejar que creciera la nueva generación, nacida en la libertad.—Mientras se halle entre nosotros un solo hombre que haya vivido en la esclavitud, habrá quien conspire contra la libertad e implore el regreso a las cadenas.

En México, en Rusia, en Turquía, en China, los pueblos que antes fueron esclavos, se han libertado. Caminan hacia la tierra prometida por un desierto lleno de sinsabores, de padecimientos y de privaciones. De cuando en cuando, surgen de entre las masas gritos de reacción que las incitan a la rebelión y al retroceso, a la vida de cerdos que antes llevaran; pero estos pueblos no volverán atrás y cuando los viejos todos hayan muerto, habrá una entrada triunfal a la tierra de promisión, y esta fe de los pueblos que se rebelaron tiene como sólido fundamento la fuerza inflexible, la visión divina de su líder, que los israelitas llamaron Moisés, pero que nosotros llamamos ***Dios***.

José Miguel Bejarano

Nueva York.
26 de marzo de 1929

Imprenta Alsina (Sauter Arias, & Co.) San José, Costa Rica